



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

LAS RUBIAS SON PELIGROSAS

Los cuatro hombres estaban sentados alrededor de la mesa jugando una partida de «póker».

Se habían despojado de las chaquetas y tres de ellos de las pistolas que portaban bajo el sobaco. Sólo uno de los cuatro conservaba el arma encima, un tipo de tez violácea y ojos saltones.

La estancia no tenía ninguna ventilación y su única luz procedía de una lámpara central que pendía del techo.

El humo de los cigarrillos formaba una espesa niebla alrededor de la bombilla.

De los cuatro hombres sólo había un ganador, un individuo delgado que mostraba una cicatriz en la comisura de la boca. Justamente ahora estaba barajando los naipes. Poseía unos dedos ágiles, muy finos. Sus tres compañeros parecían hipnotizados observando como manejaba las cartas.



Keith Luger

Las rubias son peligrosas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 526

ePub r1.0

Lds 07.07.17

Título original: *Las rubias son peligrosas*

Keith Luger, 1960

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Keith Luger

Las rubias son peligrosas

1ª. EDICIÓN

SETBRE. — 1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

las rubias
son
peligrosas

por
KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Los cuatro hombres estaban sentados alrededor de la mesa jugando una partida de «póker».

Se habían despojado de las chaquetas y tres de ellos de las pistolas que portaban bajo el sobaco. Sólo uno de los cuatro conservaba el arma encima, un tipo de tez violácea y ojos saltones.

La estancia no tenía ninguna ventilación y su única luz procedía de una lámpara central que pendía del techo.

El humo de los cigarrillos formaba una espesa niebla alrededor de la bombilla.

De los cuatro hombres sólo había un ganador, un individuo delgado que mostraba una cicatriz en la comisura de la boca. Justamente ahora estaba barajando los naipes. Poseía unos dedos ágiles, muy finos. Sus tres compañeros parecían hipnotizados observando como manejaba las cartas.

En esto sonó un teléfono que había a espaldas del delgado. Éste dejó de barajar y echó la silla hacia atrás alargando el brazo para coger el auricular. Se lo llevó al oído.

—¿Sí? —Esperó unos segundos y miró al de los ojos saltonas. Entonces apartó el auricular, alargándoselo—. Es para ti, Johnny.

Johnny soltó un gruñido y aceptó el micro.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola, Johnny —oyó una voz seca.

—¿Qué tal?

—Hay trabajo.

—Está bien. Estamos los cuatro, como ordenó.

—Sois unos grandes muchachos.

—¿Quién es el tipo?

—Jeff Bresson.

—¿Ese periodista?

—Sí, Johnny.

—Muy bien. Siento simpatía por esos tipos. Siempre los hay que se quieren pasar de listos.

—Jeff Bresson es de esa clase.

—Descuide, recibirá lo suyo. ¿Dónde quiere que lo hagamos?

—Bresson, como todas las noches, irá a la redacción de su periódico en la calle 62 Este. Vosotros lo esperaréis allí y le dais la ración.

—Es un buen lugar.

—A esa hora no hay ningún agente por allí.

—Luego habrá.

—Sí, Johnny. ¿Cómo lo vais a hacer?

—Metralleta.

—Hace demasiado ruido. Quiero que utilicéis la pistola.

—Está bien. Será con pistola.

—Pero, óyeme, Johnny, ha de ser cosa segura. Bresson no puede escapar.

—No escapará.

—Luego os vais al sitio de siempre. No quiero que ninguno de los chicos se separe de ti.

—Todos obedecerán, descuide.

—Otra cosa, Johnny. No quiero que se repita lo del otro día. Y ya sabes a lo que me refiero.

—No fue culpa nuestra.

—¿Fue mía acaso?

Johnny cerró los ojos y los abrió.

—Todo saldrá bien esta vez.

—No hay más que hablar, Johnny.

—Hasta luego.

Johnny escuchó el chasquido metálico al otro extremo del cable y entonces devolvió el auricular al tipo con suerte, quien se ocupó de dejarlo en la horquilla.

Los tres hombres miraron a Johnny y éste dijo:

—Tiene gracia.

—¿Qué es lo que tiene gracia? —preguntó el hombre más grueso del grupo, un tipo de abultados mofletes y cortas patillas.

Johnny se echó en el respaldo de la silla y se pasó la lengua por

los labios como un gato harto de leche.

—El otro día leí un artículo.

—No sabía que leyese.

—Uno aprende mucho.

—Bueno, ¿qué es lo que leíste?

Johnny se masajeó el mentón mientras hacía una rara mueca.

—Que Jeff Bresson sería con el tiempo uno de los mejores periodistas del país y que, sin lugar a dudas, obtendría este año el premio Pulitzer —hizo una pausa riendo y dejó escapar de sus labios una risita—. Creo que el tipo se equivocó... Dentro de unas tres horas, Jeff Bresson no será nadie... Bueno, sólo un montón de carne y plomo... Sólo eso. En la estancia se hizo un gran silencio. Los otros tres hombres seguían mirando a.

Johnny. De pronto éste se echó hacia adelante y dijo:

—Te toca dar, Donovan.

Donovan, el tipo de la cicatriz se puso a barajar los naipes y otra vez sus compañeros bajaron los ojos y observaron cómo los ágiles dedos se movían.

CAPÍTULO II

Jeff Bresson arrojó los dados sobre el mostrador del bar.

—¡Nueve! —exclamó, mirando al barman que estaba al otro lado. Éste hizo una mueca de tristeza.

—Inflemos, ¿cómo es posible que me haya ganado hasta tres veces seguidas?

—Los dados son tuyos, Bill —rió Bresson—. Anda y paga tu apuesta.

Bill cogió una botella de un anaquel y escanció en un vaso que estaba al lado de Bresson.

Jeff Bresson tenía unos veintisiete años de edad y era alto, moreno, de cabello y ojos negros y rostro bronceado. Cogió el vaso de *whisky* y lo alzó.

—Por ti, Bill, y por tus dados lastrados.

—¿De qué me sirve? —repuso el barman con voz lúgubre.

—Un día de éstos te enseñaré el truco para que siempre ganes —dijo Bresson sonriente y bebió un trago. Luego agregó—: A los dados, como a las mujeres, hay que darles calor en el momento justo.

Bill apoyó los brazos en el mostrador.

—Eso me interesa mucho más, señor Bresson. Ya sabe lo de las mujeres... ¿Cómo lo hace?

Jeff le guiñó un ojo.

—Secreto profesional.

—Infiernos, me gustó la pelirroja que trajo el jueves. No había visto otra como ella desde que vino por aquí aquella actriz de cine... Y me fijé bien en como lo miraba ella. Yo hubiese dado la paga de un mes por estar en su pellejo.

—Es cuestión de clase, muchacho. Simplemente eso: clase.

En aquel momento Jeff Bresson sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Tiró de él haciéndolo girar y de pronto algo estalló en su mejilla. Se fue hacia atrás en el taburete y, lanzando un grito, golpeó las espaldas contra el suelo.

Allá abajo se revolvió furioso mirando a la persona que lo había abofeteado. Compuso una mueca de perplejidad. Era una rabia impresionante, algo realmente definitivo. Debía tener veintitrés o veinticuatro años y era muy esbelta, de ojos verdosos, piel blanca y labios rojos, húmedos. Su peso estaba bien distribuido desde el cuello hasta la punta de los pies y había mucho que pesar. Todo lo cubría con un vestido negro que la moldeaba como una estatua griega. Sus hombros estaban desnudos y mostraba un generoso escote.

—¡Otra vez refrene sus ímpetus! —dijo la hermosa y, sin ofrecer oportunidad a que él replicase, dio media vuelta y se alejó rápidamente hacia uno de los ascensores del hotel.

Jeff Bresson había quedado boquiabierto, siguiéndola con la mirada. Lo volvió a la realidad la voz de Bill.

—¿Qué le falló con ésta, señor Bresson?

El joven se levantó de un salto y echó a correr tras la rubia.

—¡Eh, espere!

Pero en ese instante las puertas del ascensor se cerraron y éste comenzó su ascensión. Bresson soltó una maldición para sus adentros y, tras un titubeo, se volvió, frotándose la mejilla donde ella le había golpeado.

Bill lo miró sonriendo.

—¿Qué les da, señor Bresson? —dijo irónico.

—¡Vete al infierno! —repuso Jeff mientras tomaba posesión otra vez de su taburete—. No sé quién es.

—¿Cómo?

—Lo que te digo, muchacho. Es la primera vez en mi vida que la veo. Bill soltó una risita y Bresson lo miró ceñudo.

—¿De qué te ríes?

—Yo sé cuándo la conocí.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Anteanoche... ¿Es que no lo recuerda?

—¡No!

—Yo se lo explicaré. Usted vino aquí con Michel Allen, ese

teniente de policía. Usted se puso a beber *whisky* mientras hablaban. Y apuesto a que cargó demasiado. Cuando se despedía del señor Allen, le oí decir que se largaba a una fiestecita.

Bresson se quedó pensativo.

—Sí, recuerdo que fui a casa de un amigo pintor. Allí continué bebiendo.

—Y habrían muchas mujeres.

—Sí, las había.

—La rubia estaba entre ellas.

—No puedo recordarlo.

—Claro que no; ¿cómo la puede recordar? Usted debía estar como una cuba. Anle, dígame: ¿Qué pasó después de la fiesta?

—No lo sé.

Bill hizo chasquear los dedos.

—Ahí lo tiene. Seguro que se fue con la rubia a alguna parte y... bueno, no parece que quedó usted muy bien con ella.

—¿Tú crees, Bill?

—¿Qué es lo que le dijo ella? Yo se lo diré por si acaso usted no lo oyó. Le soltó el tortazo y gritó: «¡Otra vez refrene sus ímpetus!».

Jeff se mojó el labio inferior.

—Entonces, ¿tú crees que ella y yo...?

—No, señor Bresson. Sólo creo que usted lo intentó.

—Sí, Bill. Tienes razón. Todo debió salir mal. Anda, trae los dados.

—Oh, no, señor Bresson. Es más de lo que mi sueldo puede aguantar.

—Está bien, ponme el *whisky* y te lo pagaré.

—Eso es otra cosa. —Bill llenó el vaso y se marchó hacia el otro extremo del corredor donde había aparecido un cliente.

Cuando sirvió el pedido regresó junto a Bresson y lo vio con el codo apoyado en la barra, muy pensativo.

—¿Da con ella entre la bruma de su borrachera? Bresson hizo una mueca mirándolo.

—Deberías ser poeta.

—Oiga, ¿usted lo cree así? —dijo Bill entusiasmado—. Tengo aquí unos cuantos poemas que hice en mis horas libres. Se los voy a leer.

—Ya tuve bastante castigo con la rubia.

Bill hizo una mueca viendo como Bresson bebía hasta la última gota de su vaso. Luego el joven dijo, pellizcándose el lóbulo de una oreja:

—¿Por qué me fallaría, Bill?

—No le dio el calor en el momento oportuno.

—Eres muy gracioso. Bueno, chico, me tengo que ir.

—¿A dónde va con tanta prisa? Quizá la rubia vuelva.

—No me puedo perder una recepción que dan en casa de un pez gordo.

—Sí, ya me he enterado de que se ha hecho usted un personaje famoso desde que publicó hoy ese artículo acerca de la corrupción en no sé qué «Asociación de Transportes».

—No lo digas en voz alta, Bill —dijo Bresson dirigiendo una mirada en torno suyo. Luego agregó con voz jovial—. Hay espías en todas partes.

—También me dijeron que ha sido usted demasiado atrevido, y que eso le podría costar caro.

—¿Sabes una cosa, Bill? —Bresson hizo una pausa—. Yo también lo he oído veinte veces en distintos lugares públicos de la ciudad. Y que sepa, todavía estoy vivo.

—Oiga, Jeff, usted es un tipo que vale, ¿por qué no se deja de esas cosas y alarga el pan para que lo unten de manteca?

Bresson sacudió la cabeza mientras hacía otra mueca.

—¿Tú eres el poeta?

—Vivimos en el mundo, señor Bresson. —Bill dio un suspiro—. Y el dinero hace mucha falta, especialmente a final de mes.

Jeff consultó su reloj.

—Infiernos, de aquí a la Avenida Lexington hay una buena distancia y el señor Williers no va a quedar muy satisfecho de mi puntualidad. Hasta la vista, Bill.

Jeff saltó del taburete y echó a correr.

Bill se acordó de pronto del *whisky* que Bresson le debía pagar.

—¡Eh! —empezó a decir, pero se interrumpió porque el joven ya había desaparecido por la puerta que conducía a la calle.

Empezó a sacudir la cabeza y, sacando una moneda de un dólar, acercóse a la caja y la ingresó.

De pronto oyó una voz.

—Eh, oiga.

Volvió la cabeza y quedóse perplejo al ver a la rubia que había abofeteado a Bresson.

—¿Qué desea, señorita? —le preguntó acercándose.

—¿Dónde está el hombre que estaba aquí? Sabe a quién me refiero, ¿verdad? Al que pegué antes.

—Ya se marchó, señorita.

—Oh.

Bill la miró fijamente. La joven parecía contrariada.

Ella también se dio cuenta de que él la estaba observando, y dijo:

—¿Lo conoce usted?

—Sí, desde luego y soy el primero en censurar sus modales, pero no debió de tomárselo en cuenta. Estaba demasiado borracho.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a lo que pasó entre usted y él anteanoche.

—¿Anteanoche?... ¿Él y yo?... Oiga, yo no conozco a ese hombre. El asombro de Bill fue en aumento.

—No lo conoce... ¿Quiere decir que no lo conoce y, sin embargo, lo ha abofeteado?

—Lo confundí con otra persona y, justamente, acabo de arreglar cuentas con el que se merecía la bofetada. Por eso quería excusarme ante el hombre a quien he pegado sin ningún motivo.

Bill sonrió.

—Vaya, es una lástima que no haya llegado usted antes. Bresson se acaba de marchar.

—¿Bresson? ¿Es ése su nombre?

—Un tipo importante, señorita. Es Jeff Bresson, el periodista del «Monitor».

—Soy forastera en la ciudad y no he tenido oportunidad de leer nada que haya escrito el señor Bresson... Oiga, yo podría ir a la Redacción del periódico...

—De aquí no se iba al periódico, señorita...

—McLaine, Carol McLaine.

—Bresson se largaba a una de esas recepciones a que acuden los prohombres de la ciudad.

—¿Dónde se celebra?

Bill se pellizcó la barbilla mirando a un punto situado por encima de la cabeza de la muchacha.

—Habló de la avenida Lexington y de un tal señor Williers.

—Estupendo. Lo miraré en la guía telefónica... No tengo nada que hacer y quiero disculparme cuanto antes. —La joven se introdujo en la cabina telefónica y al cabo de un par de minutos regresó.

—¿Lo consiguió ya, señorita McLaine? —pregunto Bill.

—Ajá.

—Mi amigo Bresson se pondrá muy contento cuando usted le diga que fue un error, que la cosa no ocurrió porque él no le diese calor, quiero decir que fue una confusión.

Carol McLaine sonrió mientras parpadeaba.

—¿Eso dijo él?...

—Creo que he hablado demasiado pero, ya que está dicho, le agregaré que él también sufrió una confusión con usted.

—Acláreme eso.

—Verá. Mi amigo estuvo en una fiesta anteanoche en casa de un pintor, pero no recuerda lo que pudo ocurrir allá y especialmente después.

La joven entrecerró los ojos y Bill la miró intensamente.

—¿En qué está pensando, señorita McLaine? Ella pareció salir de su abstracción.

—¿Cómo se llama usted?

—Bill

O'Bannion,

pero todos me llaman Bill.

—Gracias, Bill.

—Oiga, ¿por qué no espera a que Bresson regrese por aquí?

—¿Cuándo será eso?

—No deja pasar más de tres días.

—No puedo, Bill. Pasado mañana regreso a casa. He de disculparme ante el señor Bresson esta noche. Gracias por todo, Bill.

El barman se quedó tras la barra frotándose el codo mientras miraba a la joven que salía.

CAPÍTULO III

Jeff Bresson hacía compañía a una pelirroja muy vistosa, Julie Robson, redactora de la página femenina del «Monitor».

En la habitación hablaban al mismo tiempo medio centenar de personas y casi todas ellas tenían una copa en la mano.

Un tipo de espalda encorvada desparramaba sus dedos por el teclado de un piano, pero las notas no se oían.

Julie Robson miró con ojos luminosos la cara de Bresson.

—Supongo que ahora estarás menos solicitado y que eso te permitirá invitarme a esa cena que ya se demora demasiado.

Jeff sonrió.

—Nunca he sido solicitado en el sentido que tú crees, nena, y ya sabes que siempre he estado bien dispuesto a llevarte a donde quisieras. Ha sido el trabajo profesional y no otra cosa lo que me ha impedido bailar contigo a la luz de unas velas.

—¡Qué romántico!

Jeff se echó sobre ella y la cogió la barbilla.

—Tú sabes que yo siempre lo he sido.

—Escapémonos ahora.

—Eso no es posible.

—Traidor.

—He de recibir la felicitación del señor Williers por mi artículo y correr desenfrenadamente hacia mi covacha de la Redacción para escribir el segundo reportaje, que ha de salir mañana.

—¿Es que vas a seguir con eso?... Oh, no, Jeff.

—¿Tú también, nena?...

Julie señaló la copa de champaña que él tenía en la mano.

—Si yo estuviese en tu lugar, me habría asegurado antes de que no está envenenado. Jeff bebió un trago y luego dijo:

—No pienso preocuparme... —Y, tras sentir un escalofrío, añadió—: excesivamente.

—¿Por qué has de meter la nariz en algo que, a fin de cuentas, no te incumbe, Jeff? La cara de Bresson se tornó seria.

—¿Quién ha dicho que no me importa? Soy un periodista. Julie meneó la cabeza.

—Oh, Jeff, no me vayas a soltar ahora lo del decálogo de la moralidad. Jeff sonrió otra vez.

—No, descuida. Hemos venido aquí a divertirnos.

—Si es así, quiero que hagas una cosa por mí.

—Dime.

—Vete al teléfono y di a Kennedy que no irás esta noche por la Redacción... que renuncias a seguir escribiendo acerca de esa «Asociación de Transportes» y que, a partir de mañana, sólo te ocuparás de aquello que no pueda poner en juego tu propia vida.

Jeff miró el burbujeante líquido que contenía su copa y, en esa posición, dijo:

—No, Julie. No voy a hacer nada de eso.

Ella, fue a insistir, pero de pronto se oyó una voz cerca.

—Aquí tenemos al héroe.

Jeff se volvió, estrechando la mano del hombre que se la tendía.

—¿Cómo está, señor Williers?... Una fiesta muy agradable.

—Gracias, Bresson... Le agradezco que haya venido. No habría sido completa sin su presencia.

—Creo que exagera, señor Williers.

—¿Oyen lo que dice?... Infiernos, no he oído en todo el día más que hablar de Jeff Bresson.

Stanley Williers frisaba en los cuarenta y cinco años y era alto, rubio, de fuerte constitución. Su rostro poseía una gran belleza masculina, sus sienes eran plateadas y sobre el labio superior mostraba un fino bigote.

Era propietario de los astilleros Williers de Nordforck, de la cadena de restaurantes Williers, de los almacenes de 095 Williers y, todos los jueves, en el país, millones de niños y algún padre exhibían alegremente en sus manos los globos Williers.

Ahora el señor Williers pasó su brazo por los hombros del joven y lo apartó de Julie.

—Perdone, señorita Robson —se excusó con una sonrisa en la

que hizo brillar su blanca dentadura.

Unas yardas más allá Williers se detuvo mirando al joven, sonriente.

—He pensado en usted, Bresson, y ya no me refiero a ese artículo suyo que ha aparecido esta mañana en el «Monitor»... Desde hace tiempo lo tenía a usted en observación.

—Gracias, señor Williers.

—Me había llamado la atención su forma de escribir; un estilo dinámico, ágil. Con garra, como se dice ahora.

—Me halaga demasiado, señor Williers.

—Oh, no, de ningún modo. Es justo reconocimiento de sus méritos.

—Me temo que no son muchos. Se puede decir que acabo de empezar mi carrera.

—De eso precisamente quería hablarle. Quiero que se venga a trabajar conmigo.

—¿Con usted, señor Williers?

—Le asombra, ¿verdad?

—Sinceramente, sí. Ignoraba que usted fuese propietario de algún periódico. Según me dijeron, es lo único que usted no hace, emborronar papel.

Williers soltó una risotada sin dejar de mirar a los ojos de Jeff.

—¿Ve?... Usted tiene ingenio —hizo una pausa—. No, señor Bresson, yo no tengo periódicos y, naturalmente, no le puedo ofrecer un puesto como el que usted ocupa actualmente en el «Monitor», aunque si yo lo tuviese, ahora mismo lo contrataría como director. Pero no es ése el caso. Yo lo quiero como agente de publicidad.

El joven miró otra vez su copa.

—No entiendo mucho de publicidad, señor Williers.

—¿Quién le dice que no? Según he oído decir, es el trabajo más fácil que existe.

—Opino que para cada cosa se requiere el hombre adecuado y estoy seguro de que no soy el que usted necesita, señor Williers.

Los ojos del millonario brillaron unos instantes, pero luego esa llama se apagó y sus labios volvieron a sonreír.

—Realmente, su puesto estaría detrás de una mesa de despacho, una gran mesa desde luego, con muchos teléfonos y un hermoso

dictáfono, con una docena de circuitos que lo pondrían en contacto con los diversos departamentos de mi casa. Su despacho estará justamente dos pisos debajo del mío y no necesito decirle que se trata del edificio Williers.

Los ojos de Williers fueron hacia el gran ventanal al través de cuyos cristales se veía en la noche media docena de soberbios rascacielos con las ventanas iluminadas.

—Ahí, lo tiene, es el segundo más alto.

Jeff notó cierto pesar en su voz, como si lamentase que no fuese el primero.

—Lo siento, señor Williers, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —inquirió Williers dejando de reír poco a poco —. ¿O es que pretende embromarme, señor Bresson?

—No, no es ninguna broma. Me gusta el periodismo y creo que lo que estoy haciendo ahora es lo que deseé hacer siempre.

—Todavía no hemos hablado de dinero.

—Me temo que no es necesario.

—Le ofrezco un contrato de treinta mil dólares al año con posibilidad de cobrar el doble al año siguiente.

Jeff miró al suelo y cerró los ojos. Había oído hablar de lo que ganaban algunas personas y tales cifras estaban lejanas de su pensamiento como lo podía estar Marte de Nueva York. Y ahora era a él, Jeff Bresson, a quien le estaban haciendo una oferta de cuatro ceros. Tuvo la sensación de que su estómago necesitaba urgentemente algo sólido porque se le había producido un vacío.

En esto oyó otra vez la voz de Williers.

—No es necesario que me conteste ahora mismo, señor Bresson. Estudie la propuesta durante un par de días... ¿Me hará ese favor?

Jeff fue a contestar que no le hacía falta más tiempo para dar una respuesta negativa, pero no lo hizo porque sus ojos estaban mirando a la rubia que le había abofeteado en el bar del «Hotel Central».

Williers le palmeó otra vez la espalda.

—Quedamos así, ¿eh, Bresson?... Llámeme pasado mañana. Para entonces tendré todos los documentos preparados... Y ahora, diviértete, amigo.

—Gracias, señor Williers —dijo Bresson.

Cambió otro apretón de manos con el millonario y éste se alejó

con la sonrisa en los labios.

Jeff miró otra vez a la trigueña. Ella lo había visto también y, después de sortear a un par de hombres que estaban un poco bebidos, se acercó a él lentamente. También tenía una copa entre sus dedos. Jeff se puso una mano en la mejilla.

—¿Va a empezar otra vez?

Ella lo miró a la cara, enarcando las cejas.

—Sólo te di lo que merecías; pero luego, cuando me separé de ti... pensé que quizá me había excedido... Es la primera vez que pego a alguien en público.

—¿De veras?... Cualquiera lo diría. Lo hizo usted con muy buen estilo.

—¿Qué es eso de usted, Jeff?

Bresson forzó una sonrisa recordando su diálogo con Bill O'Bannion. Sí; dos noches atrás él había bebido en exceso y se había ido a casa de su amigo el pintor y allá había conocido a una docena de mujeres y a otros tipos... Y lo malo es que no recordaba nada. Así que

O'Bannion

había acertado. Había conocido a la chica en aquella reunión. Quizá se divirtieron juntos y luego... Bueno, después él hizo algo que no estaba incluido entre las normas que debe observar un caballero.

—Perdona, nena —dijo—, pero el caso es que anduve muy atareado y olvidé un par de cosas.

—Entre ellas mi nombre.

—Curioso, ¿verdad? Pero me va por la cabeza que tu nombre es muy bonito.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Algo así como Pamela. —Jeff hizo una pausa mirándola y luego sonrió—. No, no es Pamela... ¿Roberta?... No, tampoco.

—Carol —dijo ella levantando la barbilla como si se sintiese ofendida.

—¡Claro que sí, Carol! No comprendo cómo se me ha podido olvidar... Y soñé contigo.

—Seguro que sí.

Jeff se apresuró a beber otro trago.

Infiernos, empezaba a interesarse por aquella mujer. Ahora habría pagado un buen precio por saber qué había pasado entre él y

ella dos noches antes. ¿Qué clase de borrachera debía tener para haberse olvidado de todo lo que se refería a aquella muchacha tan estupenda?... Debería ir a visitar a un siquiatra. Reblandecimiento del cerebro a causa del alcohol. Ése sería el diagnóstico.

—Fue una noche muy divertida, ¿verdad, Carol?

—Regular.

Demonios, si al menos ella soltase prenda, quizá con un pequeño esfuerzo podría recordar alguna cosa.

—A propósito, Carol, ¿es pura coincidencia que nos hayamos encontrado aquí?

—No. Bill me dijo adonde te dirigías.

—Pero tú no conoces a Bill.

—No, pero estuvo muy bien dispuesto a ayudarme.

Otro silencio y otra sonrisa de Jeff. De pronto éste vio venir hacia ellos a Milton Burke y a Joe Benedict. Burke era un abogado especializado en cuestiones sindicales y Benedict un columnista del «Centinela». Cambiaron un apretón de manos con Bresson y luego quedáronse mirando sonrientes a la joven. Burke dijo:

—¿Cómo te las compones para quedarte siempre con la mejor?

Jeff hizo las presentaciones, aunque sólo pudo citar el nombre de la rubia porque era lo único que sabía de ella. Luego Burke dijo:

—Oye, Jeff, quisiera que vinieseis conmigo luego a casa.

—No puede ser. He de ir a la Redacción —repuso Jeff.

—Pero allí no vas a estar toda la noche.

—Con una hora me bastará.

—Estupendo —dijo Burke—. Se me ocurre una idea. ¿Tienes tu coche, Jeff?

—No, ya sabes que está en reparación.

—Dentro de un rato nos iremos. Naturalmente, la señorita Carol vendrá con nosotros. Te dejo en la calle 62 y nosotros continuamos a mí casa y, más tarde, cuando tú hayas terminado, acudes allí.

Jeff sopesó la propuesta mirando a Carol. Antes de que ella asistiese a la fiesta había pensado marcharse a casa a dormir después de su visita al periódico, pero el plan de Burke le proporcionaba la oportunidad de ahondar más en la rubia.

—Estoy conforme si Carol da su aprobación —repuso. Carol dio su respuesta.

—Me parece magnífico.

—Arreglado —dijo Burke sonriente—. Recordadlo y dentro de veinticinco minutos nos vamos. Ahora he de ir a hablar con Williers.

Burke se retiró.

Joe Benedict, el columnista, miraba con las cejas enarcadas a Carol.

—¿No nos hemos conocido en alguna otra parte?

—Me temo que no —respondió Carol—. No soy neoyorquina.

Benedict tenía unos cuarenta años y su cabello era castaño. Volvió la cara hacia Bresson y dio un suspiro.

—Bien, Jeff, ya lo has conseguido.

—¿El qué?

—Notoriedad, fama.

—Ya sólo me falta el dinero.

—Y supongo que lo tienes a tu alcance. Jeff observó a su compañero.

—¿Qué sabes tú de eso, Joe?

—Soy zorro viejo. ¿Por qué Williers iba a dar esta fiesta? Te ha echado el ojo, ¿verdad, Jeff?

—Sí.

—Enhorabuena.

—He rechazado su oferta.

—¿Qué dices?

—No me interesó.

Benedict se echó a reír, mirando otra vez a Carol.

—Tiene usted suerte, Carol. Está en las mejores manos. Un hombre todo espíritu.

—¿Usted cree, señor Benedict? —dijo ella ladeando ligeramente la cabeza mientras hacía un mohín.

Jeff bebió un trago de su copa y dijo:

—Me gusta más mi trabajo que lo de buscar un slogan adecuado para que Williers venda más imperdibles.

—Pero es menos expuesto y, sobre todo más remunerador.

—También en el periodismo se gana dinero. —Jeff hizo una pausa mirando fijamente a los ojos de Benedict—. Tú lo ganas.

El rostro de Benedict permaneció sonriente.

—No tanto como la gente cree —carraspeó—. ¿Por qué no lo piensas con un poco más de detenimiento?

—Es lo mismo que me dijo Williers. Me concedió dos días para darle la respuesta.

—Eso quiere decir que no hubo una definitiva.

Jeff miró a Carol. Era ella quien le había impedido dar una contestación a Williers. Diablos, la joven poseía un rostro realmente bello y lo otro estaba en consonancia con aquella cara.

Benedict palmeó suavemente la espalda de Jeff.

—Nos veremos luego, muchachos, pero si yo estuviese en tu lugar haría una cosa. Daría ahora mismo mi consentimiento a Williers.

Los jóvenes quedaron solos entre el medio centenar de imitados.

—Siento curiosidad por ti, Jeff —murmuro Carol.

Bresson se acercó a ella y la puso una mano en el brazo sintiendo la suave tibieza de la piel femenina.

—Yo también la siento por ti, Carol... Y apuesto a que mi curiosidad es mayor que la tuya.

—Creo que son distintas.

—¿Sí?

—Me estoy preguntando qué clase de artículo es ese que tú has escrito y que ha armado tanto revuelo.

Bresson hizo una mueca dejando de apretar el brazo de ella.

—Me está bien por presumido —sonrió—. Así que eres la única ciudadana que no ha leído hoy mi artículo.

—No. ¿Debo pedir perdón?

—Por favor, no ironices. No lo podría resistir.

—Te propongo una cosa.

Bresson sintió renacer sus esperanzas. Ahora ella le propondría que se escapasen, lo mismo que Julie Robson. Pero a Carol le contestaría afirmativamente. La rubia dijo:

—Vayámonos a la terraza y allí me cuentas lo que has escrito.

Antes de que Bresson pudiese dar una respuesta, ella se le colgó del brazo y lo arrastró hacia la terraza.

A la derecha, una pareja se hacía el amor. A la izquierda había dos sillones que no estaban ocupados. Se sentaron en ellos y Carol dijo:

—Anda, Jeff, Cuéntaselo a la abuelita.

CAPÍTULO IV

Bresson sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a la joven; pero ella rehusó con la cabeza.

Jeff encendió y, arrojando una bocanada de humo, declaró:

—Me he atrevido a meterme con una poderosa organización, la «Asociación de Transportes».

—¿Por qué? ¿Es que no presta buen servicio?

—No se trata del servicio. La Asociación está presidida por una junta ejecutiva que maneja muchos millones de dólares al año. Esos millones están integrados por las cuotas de los afiliados. Se sobreentiende que un tipo que sea socio de la entidad debe obtener un beneficio a cambio del desembolso de dinero, pero no es así. Por cada millón de dólares los afiliados sólo reciben servicios por valor de veinte o veinticinco mil.

—¿Qué pasa con el resto?

—Sirve para que los miembros de la Junta Ejecutiva vivan en palacios, pasen el invierno en Florida, regalen abrigos de visón a sus esposas o amigas, o para que sus hijos sean educados como si realmente fuesen hijos de millonarios...

—Ya comprendo, Jeff —exclamó la joven echándose hacia delante—. ¿Has sido capaz de hacer eso?

—Si. Y algo peor. He mencionado nombres. Carol cerró los ojos y luego los abrió.

—Me imagino que eso es lo mismo que si te hubieses suicidado.

—El primer «Monitor» con mi artículo se vendió a las seis y media de esta mañana y ahora están a punto de dar las nueve de la noche. Así, pues, han transcurrido casi catorce horas, y ahora estoy en compañía de la rubia más bonita que he conocido desde el último verano. ¿No significa eso que soy un tipo de suerte?

—Gracias por el requiebro, pero ¿no crees que no es momento para bromear?

—Es lo mismo que digo yo —dijo él, y se acercó a ella cogiéndole otra vez el brazo.

Estamos perdiendo un tiempo precioso.

La joven se humedeció los rojos labios con la lengua.

—Así es como empezaste la otra noche, Jeff. Bresson compuso un gesto de tristeza.

—¿De veras, Carol?

—Sí, Jeff.

Bresson se echó descorazonado sobre el respaldo del sillón. Oyó que ella le preguntaba:

—¿Qué nombres son?

Se refería otra vez a su artículo.

—Citaba tres: el del presidente, Cecil Geddes, el del secretario, Edgar Witld y el del tesorero, Jim Oxford. Esos tres tipos fueron elegidos para sus cargos hace unos quince años, a la terminación de la guerra mundial. Se aprovecharon bien de aquel estado de cosas. Según el reglamento, cada cuatro años tenía que renovarse la junta ejecutiva, pero ellos modificaron las normas para continuar pegados a la ubre. Lo cierto es que, desde entonces, siempre han sido reelegidos en cuantas elecciones se han celebrado.

—Si han sido elegidos, quiere decir que los afiliados están satisfechos de la labor realizada por sus jefes.

—Sí, eso es lo que comúnmente se cree. Resulta lo más lógico, pero en este caso los hechos no concuerdan con las papeletas de votos. Las elecciones no se celebran como nosotros creemos. Esos tipos están bien organizados y tienen un verdadero ejército a su disposición, auténticos comandos o piquetes, como quieras llamarlos, que coaccionan por todos los medios a los afiliados para que voten por la candidatura capitaneada por Cecil Geddes.

—Es asombroso, Jeff.

—Se ha llegado a matar.

—No.

—Sí, Carol. Esa gentuza es responsable de más de veinte asesinatos.

—¿Te refieres a personas que no quisieron votarles a pesar de las coacciones?

—Hay distintas clases de víctimas. Unos fueron muertos por esa razón que tú dices, otros porque quisieron salirse del Sindicato, algunos porque se negaban a pagar sus cuotas... Y también los hay que fueron hechos pedazos porque pretendieron recurrir a las autoridades.

—Pero ¿cómo es posible que esas muertes se silenciasen?

—Cecil Geddes y sus hombres saben trabajar. Yo digo que son asesinatos, pero legalmente no hay forma de demostrarlo... Fueron accidentes. Un camión que rompe la dirección y cae por el pretil de un puente destrozándose y causando la muerte de los dos hombres que van en la cabina; otro que cuando corre a ochenta millas sufre el reventón de un neumático, se despista y da unas cuantas volteretas, para terminar incendiándose... Y así por el estilo.

—Entonces, ¿tú tampoco tienes ninguna prueba?

—No la he encontrado hasta ahora.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Fue cuestión de un poco de suerte. Pasé mi última semana en el lago Sherman. Ocurrió el anochecer del sábado. Me encontraba pescando en la orilla a medianoche cuando de pronto, por la carretera que bordea el lago, vi despeñarse un camión, que se puso a arder. Fui rápidamente allá por si podía hacer algo. Encontré a un hombre a unas cuantas yardas de aquel infierno de fuego. Estaba muy grave. Le dije que iría por auxilio médico, pero él me retuvo a su lado. Me dijo su nombre, Andrew Mann, y que no había sido víctima de ningún accidente. Lo habían asesinado. Arriba, en la carretera se había encontrado con un coche que le interceptó el paso. Junto al automóvil había cuatro hombres. Andrew pensó en un principio que los viajeros habrían sufrido alguna avería. El saltó de la cabina dejando arriba a su ayudante, Van Hossein. Entonces los tipos sacaron a relucir sus pistolas. Hicieron descender también a Hossein. Los fulanos trabajaron aprisa. Golpearon a los dos pobres hombres hasta hacerles perder el conocimiento. Cuando Andrew volvió en sí, se encontró a la orilla del lago, a muy pocas yardas de su camión, que ardía por los cuatro costados, y Hossein había quedado dentro apresado en la cabina. —Jeff guardó silencio mirándose las manos.

—¿Por qué los mataron? —preguntó Carol.

—Andrés sabía qué clase de gangsters había al frente de la

asociación y había dejado de pagar sus cuotas desde tres meses atrás. También empezó a hacer propaganda entre los compañeros para que le secundasen y algunos ya habían empezado a hacerlo. Ése fue el motivo.

—Oh, Jeff... es horrible.

—Cecil Geddes y sus compinches no podían consentir una rebelión. —Bresson se mojó el labio inferior—. Andrew estaba a las últimas, pero me contó, con un hilo de voz, lo que se refería a esa maldita «Asociación de Transportes». Me describió también a vino de los tipos, concretamente al que se había ensañado con él. Es un fulano al que sus compañeros dieron el nombre de Johnny, un tipo de ojos saltones... Cogí en brazos a Andrew y me dirigí con él a mi cabaña donde tenía el coche. —Bresson guardó otro silencio y luego su voz sonó ronca—. Cuando llegué allí, Andrew había muerto.



Durante un rato, ninguno de los dos jóvenes dijo nada.

—Jeff... —lo llamó Carol y esperó a que él la mirase—. Todo eso... ¿lo has publicado en tu artículo de hoy?

—Desde luego, no he dicho que Andrew fuese asesinado. No podía hacerlo sin pruebas. Me ha costado dos días el dar forma al artículo para evitar que el periódico pudiese ser procesado por difamación. Kennedy, el jefe de Redacción, me ayudó. Es un anciano que lleva trabajando cuarenta años en el periódico. Si me hubiese dejado a mí solo, a estas horas el «Monitor» tendría que estar preparado para pagar medio millón de dólares como

indemnización. Confieso que me hierve la sangre desde el día que Andrew encontró la muerte... Todas las noches desde entonces me he emborrachado...

Jeff apretó los puños hasta que sus nudillos quedaron blancos.

—Han sido los únicos momentos en que he conseguido borrar de mi mente aquella escena con Andrew Mann destrozado, cubierto de sangre, diciéndome por qué se moría.

Dio una chupada al cigarrillo y rió sarcásticamente mientras expulsaba el humo.

—He dedicado muchas horas del día a hablar con camioneros, con los propios compañeros de Andrey. ¿Y qué crees que ha ocurrido? Todos me han vuelto la espalda, me han huido. Nadie sabe nada. Cuando les hablo de Andrew Mann, bajan la mirada y se apresuran a dar una excusa para alejarse de mí. Y yo sé lo que les pasa... Tienen el miedo metido en el cuerpo. Aunque no los recrimino. Uno de ellos me dijo que tenía familia y los demás también la tienen. Es posible que alguno hablase si estuviese seguro de que el golpe le iba a ser asestado a él mismo, pero ellos saben qué están en juego las vidas de sus esposas y las de sus hijos.

—¿Y si no fuese necesario que continuases tu gestión para que esos hombres llevasen su merecido? Has dado la voz de alarma. Ahora las autoridades deberán intervenir.

—No pueden.

—¿Por qué?

—Están atadas de pies y manos. No hay pruebas, no hay testigos y la persona que ha alzado la voz es un periodista, un tipo que, según muchos, se vale de la «Asociación de Transportes» para hacerse famoso.

—Comprendo.

—Lo he de hacer yo, Carol.

—Pero ¿de qué forma?

—Continuaré investigando. He preparado otro artículo, que saldrá mañana. Tomé muchas notas y dentro de un rato las pondrá en limpio.

—¿Qué clase de artículo es, Jeff?

—Esta vez atacaré a los grandes. Sacaré a relucir la vida particular de Cecil Geddes y sus compañeros en la Junta Ejecutiva de la Asociación. También me informé acerca de ellos y de lo que

cada uno posee.

—Oh, Jeff, creo que te vas a meter en un lío tremendo.

—Lo sé.

—¿No podrías dejar eso para más adelante? La opinión pública debe estar a tu favor.

—La opinión pública —repitió Bresson irónico—. Los lectores pueden estar conmigo porque por de pronto, esta mañana se han encontrado con una información que satisface su apetito de sensacionalismo. Me habrán elevado por todo lo alto, pero ya sabes lo que pasa con los ídolos. A estas horas, Cecil Geddes y sus flamantes compañeros habrán pasado a la ofensiva. Ellos tienen mucho dinero con el que pagar a otros periodistas. Serán ellos, mis propios compañeros, quienes me presenten como un hombre ambicioso, sin escrúpulos, un tipo cuyo único fin es el chantaje. Airearán las grandes obras que ha acometido la «Asociación de Transportes» durante los últimos quince años, se publicarán reportajes con muchas fotografías, intervius con algunos afiliados de la Asociación en las que ellos mismos dirán que están satisfechísimos de Cecil Geddes y jurarán que es un padre para ellos. —Jeff golpeó el puño derecho contra la palma de la otra mano—. Todo eso es lo que leerás durante los próximos días y lo harán tan maravillosamente que yo quedaré como un embustero, tal como ellos quieren que se piense de mí.

—Entonces... ¿por qué no hacer marcha atrás? Bresson la miró a los ojos.

—¿También te pasas al otro bando?

—No. Jeff. Yo creo que se debe luchar por una causa que consideremos justa. Me refería a que no publicases ningún artículo más hasta conseguir pruebas... Debe haber alguien en la Asociación que te pueda tender una mano.

—Hasta ahora no lo he encontrado y dudo que exista ese hombre. Jeff aspiró otra vez el humo del cigarrillo y prosiguió:

—Burke, el rubio que te presenté antes, es abogado especializado en cuestiones sindicales. Ha logrado hacerse con un reglamento de la «Asociación de Transportes» y lo está estudiando para ver si puede llevar la Junta Ejecutiva ante un Gran Jurado. Si lo lograse, sería el principio del fin para Geddes y compañía.

Justamente en ese instante oyeron la voz de Burke.

—Eh, muchachos, es la hora. ¿O es que has cambiado de idea y no quieres ir a la Redacción, Jeff? —El abogado se acercó a ellos.

Jeff miró a Carol, permaneciendo un rato pensativo. Finalmente dijo:

—No, Milton, no he cambiado de idea. Vamos allá.

Se puso en pie, Carol también lo hizo, cogiéndolo de un brazo.

—No lo hagas esta noche, Jeff. Piénsalo un poco. Al fin y al cabo, si decides seguir adelante sólo se produciría una demora de veinticuatro horas.

—Ya estaba decidido antes de que tú y yo... nos hayamos vuelto a encontrar.

Carol sintió la tentación de confesarle que ellos dos no se habían conocido hasta el momento en que lo abofeteó en el bar del «Hotel Central», pero Burke estaba allí y prefirió dejarlo para cuando Jeff y ella estuviesen solos.

Se despidieron de Williers, el cual, con una sonrisa en los labios, reiteró a Bresson su oferta, recordándole una vez más que se tomase los dos días para darle una respuesta definitiva.

Salieron de la casa y encamináronse al lugar en que Burke había dejado estacionado su coche.

Carol y Jeff ocuparon el asiento trasero y Milton se sentó ante el volante. Metió en su sitio la llave de contacto y puso en marcha el motor. Éste se puso a zumbir y de pronto se detuvo. Lo intentó otra vez, pero sucedió lo mismo.

Jeff rió desde atrás.

—También tu carro necesita una reparación.

—No lo comprendo —dijo Burke—. Le dieron un repaso esta mañana. También fracasó la tercera tentativa.

Por el hueco de la ventanilla delantera apareció la cara de Benedict, el columnista del «Centinela».

—¿Qué os pasa? ¿Te quedaste sin nafta, Milton? El abogado rezongó:

—No sé lo que le pasa a este condenado chisme.

—Véndelo como chatarra y ganarás dinero —sonrió Benedict—. Andad, no perdáis más tiempo y venid a mí coche Justamente, lo tengo detrás.

Burke apretó los dientes rabioso mientras probaba otra vez. Jeff se echó hacia delante.

—Benedict tiene razón. ¿No va él también a tu casa?

—Si.

—Entonces me dejará en la esquina de la calle 62 y vosotros continuaréis con él. Burke dio la conformidad soltando un gruñido por lo bajo.

Milton y Benedict ocuparon el asiento delantero del coche del columnista y Carol y Jeff los de atrás.

El automóvil, un «Ford», se apartó del bordillo de la acera iniciando su carrera.

CAPÍTULO V

Johnny se puso un cigarrillo entre los labios.

—Dame fuego, Donovan.

Donovan, el de la cicatriz, estaba sentado en el asiento posterior. Sacó un encendedor y, al accionar el resorte, brotó la llama y empezó a sonar una musiquilla.

Johnny miró la llama y luego a la cara de Donovan.

—Muy fino.

Donovan sonrió torciendo la boca.

—Toca una pieza de mi tierra.

—Donovan el irlandés —rió Johnny y encendió el cigarrillo.

Donovan apagó la llama y se llevó el encendedor al oído arrellanándose en el asiento. Allí siguió escuchando su música hasta que sonó un pequeño chasquido y todo volvió a quedar en silencio.

Delante estaban los otros dos hombres y ambos miraban fijamente por el parabrisas. El tipo del volante soltó un estornudo y, sacando un pañuelo, se sonó ruidosamente.

—Quizá no se retrase —comentó Donovan.

—No, quizá no se retrase —asintió Johnny y se tocó la pistola por encima de la chaqueta.

En el coche hubo otro silencio.

El hombre que se sentaba al lado del que ocupaba el volante soltó una risita.

—Vamos a tener trabajo.

—¿Por qué vamos a tener trabajo? —preguntó Donovan mientras guardaba el encendedor en el bolsillo.

—Los tipos se envalentonarán con eso que ha escrito el periodista. Johnny meneó la cabeza.

—Sí, es posible, pero pronto volverán al corral. Bastará con que

hablemos con unos cuantos.

Donovan rió.

—Dice que vamos a hablar con unos cuantos. Siempre he dicho que Johnny tiene sentido del humor. Vale su peso en oro.

—A propósito, Donovan.

—¿Qué pasa?

—Quisiera que me dejases un centenar de machacantes.

—No puedo.

—¿Oyen al maldito?... Nos ha ganado mil en esa cochina partida de póker y dice que no puede dejarme cien.

Donovan se removió en el asiento.

—He de comprar una pulsera a Margot.

—¿A Margot, esa tipa?

—Es la chica que a mí me gusta.

—Claro que sí. Es la que a ti te gusta. Debí recordar que te conformas con cualquiera. Donovan hizo una mueca y la cicatriz de la comisura se alargó.

—Yo no me he metido contigo, Johnny.

Johnny alzó las manos hacia la cabeza.

—Miren al quisquilloso. No se le puede gastar una broma. Está bien, muchacho, está bien, con tu pan te lo comas. Margot es una chica estupenda. ¿Es lo que quieres oírme decir?

—No —rezongó Donovan—. Sólo que la dejes en paz. Johnny lo miró otra vez a la cara e hizo un gesto afirmativo.

—Estamos de acuerdo pero ¿qué hay de los cien?

—¿Cuándo me los vas a devolver?

—¿No has oído a Bellini? Ahora vamos a tener mucho trabajo.

Donovan titubeó unos instantes, pero finalmente extrajo un fajo de billetes del bolsillo del pantalón. Apartó dos de cincuenta, que alargó a Johnny.

—Ahí los tienes —miró a sus compañeros de delante—. Vosotros sois testigos de que se los doy.

Johnny rió mientras guardaba los dos billetes.

—Con testigos y todo, a lo mejor se le ocurre exigirme un pagaré.

—No hace falta.

—Claro que sí. ¿Y por qué no he de firmarlo con mi sangre?... Eso sería estupendo. Donovan se arrellanó en el asiento.

—Siempre he dicho que eres un tipo pesado.

Volviéron a quedar en silencio. El del volante dijo a su compañero de la derecha:

—Dame un cigarrillo, Bellini. Acabé la ración.

Bellini sacó el paquete y golpeó la parte inferior contra la palma de la mano.

—Siempre se te acaba la ración, Rocky —rezongó mientras le alargaba el paquete.

Rocky cogió un cigarrillo y Bellini otro. Luego Bellini frotó un fósforo y los dos encendieron con la misma llama.

—No os distraigáis —cloqueó Johnny desde atrás. Rocky y Bellini volvieron a mirar por el parabrisas.

—Podríamos haber alargado la partida —dijo Rocky.

—Qué grandes ideas tienes —repuso Johnny—. Hubiésemos quedado empeñados con Donovan hasta final de año Fue una suerte que recibiésemos la llamada.

Bellini emitió un gruñido dando su aprobación a las palabras de Johnny. Transcurrió un minuto.

De pronto Johnny dijo:

—Será mejor que os preparéis. Donovan y Bellini sacaron las pistolas.

CAPÍTULO VI

Joe Benedict detuvo el coche en la esquina de la calle 62.

—Primera parada —dijo. Carol se volvió hacia Bresson.

—¿Sigues con tu idea?

—Sí, Carol —sonrió él y le cogió una mano, que apretó suavemente—. Haré lo posible por acabar cuanto antes. Y lo haré por verte a ti, si es que no te vas a dormir.

—Te esperaré, Jeff.

—Gran muchacha. —Jeff abrió la portezuela de su lado—. Hasta luego, muchachos. Milton dijo:

—Date prisa si no quieres que alguien te la quite... y no estoy muy seguro de que ese tipo sea yo.

Jeff, ya fuera, se volvió hacia Carol.

—Ella prometió serme fiel.

—¿Cuándo? —preguntó el abogado.

—Anteanoche, ¿verdad, Carol?

—Me voy a resfriar —dijo ella sonriendo—. ¿Quieres cerrar ya? Jeff también rió, cerrando desde fuera.

—Hasta luego —gritó Benedict— y mi felicitación por ese artículo —seguidamente apretó el pedal y el coche se deslizó siguiendo por la Novena Avenida.

Jeff permaneció unos segundos inmóvil, mirando el coche que se alejaba, y finalmente se volvió para recorrer la distancia que lo separaba del edificio del «Monitor».

No pasaba ningún transeúnte por la acera, pero a la izquierda estaba abierto, como siempre, el bar de Jim Spock.

De pronto una vez lo llamó por detrás, una voz femenina.

—¡Señor Bresson!

Jeff giró sobre sus talones, viendo acercarse muy deprisa a una

joven. Era esbelta, morena, y podía tener veinticinco o veintiséis años.

—Es usted el señor Bresson, ¿verdad? —preguntó ella deteniéndose.

—Sí, yo soy Bresson. La joven sonrió.

—Drake me hizo una buena descripción.

—¿Drake? ¿Quién es Drake?

—Mi novio. Usted tiene que venir conmigo para hablar con él.

—Me temo que no lo entiendo, señorita...

—Wilder, Rita Wilder.

La joven miró a su alrededor y Bresson también miró calle arriba. Un coche apareció en la esquina. Rita dijo:

—¿Me invita a tomar un café?

—Claro que sí, señorita, pero le advierto que tengo un poco de prisa.

El la cogió del brazo y echaron a andar hacia el bar, por cuya puerta entraron. En aquel momento el coche pasó por frente al local.

En los taburetes sólo había dos clientes.

Al fondo, unas cuantas mesas, una de ellas ocupada por un marinero y una pelirroja.

Jeff condujo a Rita Wilder hasta una mesa que habla contra la pared, lejos de la ventana. Luego se volvió hacia la camarera que estaba tras el mostrador.

—Dos cafés, Ketty —pidió—, uno de ellos muy cargado. Rita ya se había sentado y él lo hizo enfrente.

—Usted dirá, señorita Wilder.

—Drake me dijo que antes tenía que recibir garantías.

Jeff empezó a sentir un extraño hormigueo en todo el cuerpo. Sus ojos se entrecerraron mirando la cara de la joven.

—¿Por qué no empezamos por el principio? Ya le he dicho que no conozco a Drake.

¿Quién es y en qué trabaja?

—Es camionero.

Jeff cerró los ojos y los abrió. De modo que su corazonada era cierta. Rita prosiguió:

—Drake compró el camión hace dos meses.

—Continúe.

—Antes nunca se había dedicado a eso. Drake trabajaba como mecánico electricista. Dijo que el transporte era un buen negocio. Nos conocimos hace dos años y desde entonces somos novios, pero no nos podíamos casar porque Drake ganaba muy poco con su trabajo. Entonces fue cuando se le ocurrió lo del camión.

La joven guardó silencio cuando la camarera trajo los dos cafés, que dejó sobre la mesa. Una vez se hubo ido la empleada, Rita prosiguió:

—Le cuento todo esto para que se de cuenta de por qué Drake tiene miedo.

—Sí, señorita Wilder, me hago cargo.

—Drake consiguió dinero prestado de un tío suyo y pudo comprar el camión; pero no le ha ido todo lo bien que él pensaba, aunque no ha sido culpa suya, sino de esos hombres.

—¿De esos hombres?

—Los de la Asociación.

Bresson echó azúcar en el café y bebió un trago sin moverlo con la cucharilla.

—Quisieron obligarle a que Drake se afiliase, pero Drake estaba enterado de muchas cosas.

—¿De qué cosas?

—Drake se lo dirá, pero antes ha de prometerme que él no correrá ningún peligro.

Bresson bebió de un trago todo el contenido de la taza y luego quedóse mirando el rostro de la joven.

—El nombre de Drake o el de usted no aparecerán si ustedes no quieren.

—¿Bastará eso?

Jeff se apretó las sienes con una mano. En esa posición dijo:

—Le puedo prometer una cosa, Rita. Nadie sabrá por mi lo que Drake me pueda decir mientras él no esté conforme con que yo haga uso de sus declaraciones.

En aquel instante la puerta se abrió y dos hombres penetraron en el local. Se cubrían con gabardinas y sombreros de fieltro. El de la derecha mostraba una cicatriz en la comisura de la boca. Los dos tipos miraron hacia el fondo, donde se hallaba el marinero con la pelirroja, y luego a la mesa que estaba contra la pared, la que compartían Jeff Bresson y Rita Wilder.

Jeff alzó los ojos al oír el ruido de la puerta y vio a los dos hombres. La camarera dijo desde el mostrador:

—Buenas noches. ¿Qué desean?

Pero los dos hombres siguieron inmóviles y ambos escondían las manos en los bolsillos de la gabardina.

—¿Qué desean? —repitió la camarera.

Los tíos hombres echaron a andar y en esto se abrió la puerta y una voz dijo:

—Buenas noches, Kitty.

—¿Cómo está, agente?

Los dos hombres se detuvieron y uno de ellos, el de la cicatriz, volvió la cabeza mirando al policía uniformado que entraba en el local. El agente dijo arrimándose al mostrador:

—Anda, ponme un café, Kitty. He de iniciar mi ronda.

Jeff seguía mirando a los dos tipos, quienes, después de cambiar una mirada, se sentaron a una mesa.

—¿Pasa algo, señor Bresson? —preguntó Rita.

—Nada. Únicamente que llegaron dos clientes y un policía. Ande, beba su café y nos marcharemos.

—Entonces, ¿podemos confiar en usted?

—Ya puede estar segura.

Rita bebió el café y los dos se pusieron en pie.

Bresson dejó sobre la mesa un billete de un dólar y caminó llevando a Rita del brazo. Pasaron junto a la mesa donde estaban los dos hombres.

—¿Qué van a tomar? —preguntó por tercera vez la camarera.

—Traiga dos *whiskies* —pidió el de la cicatriz. La camarera miró a Jeff.

—Buenas noches, señor Bresson.

—Hasta mañana, Kitty —dijo el joven.

Salieron a la calle y Bresson hizo una señal a un taxi que avanzaba por la izquierda. El coche se detuvo junto al bordillo y Rita y Jeff ocuparon el asiento posterior.

El chofer volvió la cabeza. Era un tipo de cejas en arco y nariz chata.

—¿A dónde?

Jeff miró a Rita, la cual, después de humedecerse los labios con la lengua, respondió:

—Calle Rosemont, 122.

El conductor hizo un gesto afirmativo y puso el coche en marcha. Bresson sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Puma usted, Rita?

—Sí, creo que me hace falta.

Encendieron cigarrillos y expulsaron sendas bocanadas de humo.

—¿Tiene usted familia, Rita?

—Sólo a Drake.

—¿Trabaja en alguna parte?

—Sí, en unos almacenes de la Novena Avenida.

Bresson la hablaba para distraerla porque ahora se había dado cuenta de que la joven, desde que subió al taxi estaba más nerviosa.

Transcurrieron un par de minutos y de pronto ella le cogió una mano.

—Creo que Drake se ha equivocado, señor Bresson.

—¿Cuál es el error?

—No debió enviarme a por usted.

—Tiene miedo ahora, ¿verdad?

—Sí, lo tengo.

—No debe preocuparse. Todo va a salir bien.

—No lo digo por mí, señor Bresson, sino por él. Detenga el coche. Bresson la miró a los ojos.

—Escuche, Rita. Ha sido Drake quien voluntariamente ha decidido establecer contacto conmigo y estoy seguro de que él lo pensó bien antes de decidirse.

—Ahora pienso que obró con precipitación.

—Pero usted apoyó su idea, puesto que fue a buscarme.

—Yo siempre he hecho lo que a él le ha gustado. Me habló de que era muy malo para él y para todos sus compañeros que existiese una organización como esa sociedad de transportes.

—Y Drake tiene razón, Rita. Es algo muy malo.

—Pero ¿quién es Drake para meterse con ellos?

—Quizá él pueda hacer mucho más de lo que usted cree, Rita. Depende de lo que me vaya a decir.

La joven sacudió la cabeza.

—Estoy segura de que a usted no le faltará una persona que ponga en sus manos lo que necesita para luchar contra la Asociación.

—Se equivoca, Rita. Quiero ser sincero con usted. Es muy difícil que pueda surgir otra persona. Cuando usted empezó a hablar dudé mucho de que el Destino me hubiese colocado en el buen camino. Después, mientras tomábamos el café, me dije a mí mismo que había tenido mucha suerte. No lo estropee ahora. Iré a hablar con Drake.

La joven se dejó caer en el asiento y apoyó la nuca en el respaldo. Permanecieron un rato con los ojos cerrados.

Jeff dio una larga chupada al cigarrillo. En ese instante oyó la voz del conductor.

—¿No se despidió de sus amigos, compañero?

—¿Qué quiere decir? —inquirió Jeff.

—Nos están siguiendo. Jeff permaneció inmóvil.

—¿Está seguro?

El chofer miró al espejo retrovisor que tenía delante, por encima de su cabeza.

—Sí, míster. No hay ninguna duda. Es un «sedán Ford» color negro. Ya he dado cinco o seis vueltas y nos sigue pisando los talones. De vez en cuando se adelanta como si fuese a pasarnos, pero luego disminuye la velocidad.

—¡Oh! —exclamó Rita Wilder. Jeff la sujetó por la muñeca.

—No se mueva, Rita.

—¿Es que no lo ha oído?... Nos están siguiendo...

Jeff estaba recordando a los dos hombres que habían entrado en el café de Jim Spock.

No le había gustado su aspecto. Recordó también al agente de policía y entonces lo comprendió todo. El y Rita estaban vivos gracias a un milagro.

—¿No puede aumentar la velocidad? —preguntó al conductor.

—No me gustan los líos, ¿sabe? —replicó el taxista—. Usted tuvo la culpa si no se aseguró antes de que el marido estaba lejos.

—Prepárese a oír algo que le va a emocionar mucho —dijo Jeff.

—¿Sí?

—No hay ningún marido. Los tipos que van en «sedán» son pistoleros y su misión consiste en borrarlos del mapa.

El chofer volvió la cabeza, arrugando la cara.

—Lo debió mezclar con soda, amigo.

—Haga los comentarios que quiera atendiendo al volante. No

me gusta asustar a la gente y siento que usted esté metido en esto, pero el que nosotros conservemos la vida va a depender ahora de su habilidad.

El conductor volvió a mirar rápidamente al frente.

—¡Maldita sea...! Esto no me puede pasar a mí.

—Mucha serenidad, amigo.

—¡Y un cuerno!... Me detendré en cuanto vea un agente.

—Será como si usted mismo se metiese en el matadero. Ellos no vacilarán en ametrallarnos.

—Me detendré ante el primer precinto.

—Será mucho peor. Tendrán oportunidad de soltarnos una rociada a paso de camello.

—¡Maldita sea! —gimió el conductor—. ¿Qué quiere entonces que haga? No irá a decirme que vayamos directos al muelle y que lance el coche al agua.

—Hay otra solución.

—¿Cuál? —El conductor miró otra vez al retrovisor—. ¡Y dígallo pronto! ¡Otra vez se están acercando...!

—Ha de empotrar su coche contra un bar que vea abierto, pero, por lo que más quiera, procura no matar a nadie.

—¿Ha dicho empotrar el coche...? ¿Se ha vuelto loco? El carro es mío... Es mi instrumento de trabajo.

—Y supongo que también lo es su cabeza... No se preocupe por el coche, yo me hago cargo de los daños.

—Está bien, pero acuérdesse de lo que ha dicho.

—Corriente, amigo... Escuche bien lo que le voy a decir. Aumente poco a poco la velocidad. Ha de ver el bar desde lejos y no por ello se desviará de la calzada... Ellos también apretarán. Cuando usted se encuentre cerca su objetivo se mete contra el bar, pero procure frenar antes o esos tipos no tendrán necesidad de utilizar su plomo... ¿Lo oyó bien todo?

—Si. Aumento la velocidad... —El conductor siguió rezongando por lo bajo lo que había oído decir a Bresson.

Jeff observó el rostro de Rita. Estaba completamente blanco.

—Tranquila, muchacha.

Ella forzó una sonrisa mientras hacía un gesto afirmativo, pero sus manos temblaban.

—Allá veo el bar —dijo el chofer.

—Duro y a él.

El coche aumentó la velocidad.

—Ellos también aprietan lo suyo —anunció el taxista.

—Eso es lo que hace falta. Deben creer que escapamos.

—¡Agárrense!... ¡Nos estrellamos!

El taxista giró bruscamente el volante y el coche se desvió de la calzada. Gimieron los neumáticos y el metal y hubo un salto brusco cuando el coche subió a la calzada.

—¡Frenos! —gritó Jeff.

Atrajo contra sí a Rita rodeándole la cintura con el brazo.

El taxista apretó el pedal del freno y otra vez los neumáticos se pusieron a soltar chirridos, pero el automóvil continuó su avance hasta que de pronto sobrevino el impacto.

Jeff y Rita se fueron hacia adelante. Pero él impidió que se estrellasen valiéndose de la mano libre.

En ese momento se oyeron los chirridos del otro coche que también disminuía su carrera. Se oyó un estampido y luego otro y después, casi seguidos, cinco más y las balas rebotaron en el metal, se colaron por las ventanillas destrozadas y silbaron siniestramente mordiendo la carrocería y el asiento acolchado.

Rita lanzó un grito.

El coche que corría por la calle hizo rugir el motor y su ruido empezó a perderse a lo lejos.

El conductor gimió:

—¡Santo cielo!... Esto es el final.

CAPÍTULO VII

Luego todo quedó en silencio.

Pero éste duró solamente un segundo o quizá fuese menos. Se oyeron exclamaciones y gritos procedentes del bar contra cuya fachada se había estrellado el taxi.

Jeff y Rita estaban tendidos en el piso.

—¿Se encuentra bien, Rita? La muchacha tragó saliva.

—He pasado un gran susto, pero creo que no tengo nada. Sólo me di un golpe en la rodilla.

La ayudó a levantarse y Jeff asomó la cabeza por el hueco que tenía delante. El taxista gemía.

—Eh, muchacho, ¿se hizo daño? —le preguntó.

El otro se volvió. Tenía un rasguño en la frente, del que brotaba sangre.

—¿Me pregunta si me pasa algo?... ¿Qué le parece a usted? Jeff rió palmeándole la espalda.

—Escapamos gracias a su pericia.

Un hombre asomó la cabeza por la destrozada ventanilla.

—Eh, ¿qué ha pasado aquí?... ¿Hay algún muerto? Jeff no hizo caso del intruso y preguntó al conductor:

—¿Cuál es su nombre?

—Robert Lampin.

—Muy bien, Robert, el mío es Jeff Bresson, redactor del «Monitor». Llámeme mañana y arreglaremos el asunto.

—¿Es que no se van a quedar?... Ahora vendrá la policía, tenemos que denunciar el asunto.

—Hágalo usted. La señorita está demasiado emocionada. Ya me pondré en contacto con la policía. Adiós y buena suerte.

—¡Eh, oiga, no puede hacer eso!

Pero Jeff había abierto la portezuela. Saltó fuera y Rita lo siguió.

Junto a la puerta del bar había mucha gente. El tipo que primero había aparecido estaba con los brazos en jarras, observando los desperfectos que el taxi había producido en su fachada.

—Usted me va a pagar todo, amigo —gritó al conductor.

—Un poco de calma, compañero, un poco de calma —respondió el taxista saliendo también del vehículo.

Jeff cogió a Rita de la mano y se la llevó por la acera.

—¿No cree que pueden volver, señor Bresson? —preguntó la joven con voz temblorosa.

—No lo intentarán por ahora.

Doblaron la primera esquina y veinte yardas más allá encontraron una parada de taxis.

Jeff miró a derecha e izquierda comprobando que el «sedán» no estaba por ninguna parte. Se metió en el primer coche y ahora fue él quien dio la dirección donde los estaba esperando Drake.

Cuando reanudaron el viaje, la joven dio un suspiro.

—Y usted decía que no debía preocuparme, que todo iba a salir muy bien. Jeff apretó los labios con fuerza mientras entrecerraba los ojos.

—Quizá fui demasiado ingenuo —hizo una pausa y luego se dirigió al conductor—: Deténgase.

El taxista arrimó el coche al bordillo de la acera. Rita miró a Jeff.

—¿Qué hace, señor Bresson?

—Me bajo aquí.

—¿Por qué?

—Hable con Drake y cuénteles lo ocurrido. Si él insiste en hablar conmigo, que me llame por teléfono. —Bresson se masajeó el mentón—. No considero justo que yo vaya allí después de lo que ha pasado. Tengo la impresión de que me he convertido en un barril de dinamita.

Fue a abrir la portezuela, pero la joven lo cogió del brazo y él la volvió a mirar.

—¿Qué quiere, Rita?

—Siéntese.

Él se sentó y entonces ella dijo:

—Continúe, taxista.

—¿Por qué hace esto, Rita? —preguntó Jeff.

—Realmente, no lo sé. Quizá —se deba a que a los Wilder nos gusta el olor a pólvora— sonrió suavemente. —En tres generaciones siempre ha habido un Wilder que ha ayudado a ganar la guerra.

Bresson sonrió también mientras le apretaba la mano.

Llegaron al 122 de la calle Rosemont y saltaron fuera ordenando Bresson al taxista que esperase.

Subieron por una escalera y al llegar a la segunda planta se internaron por un corredor donde había tres puertas.

Rita sacó una llave del bolso y la introdujo en la cerradura.

Cruzaron un vestíbulo y pasaron a un «*living*». Un joven se había levantado de un sillón. Tendría veinticinco años y era alto, delgado, de rostro muy moreno, ojos negros, nariz y mentón hendido.

—Es el señor Bresson, Drake —anunció Rita.

El camionero se humedeció el labio inferior con la lengua y sonrió mientras extendía su mano.

—Celebro conocerlo, señor Bresson.

—¿Como está, Drake?

—Un poco asustado.

—Muy bien. Lo voy a asustar un poco más.

—¿Cómo?

—Siéntese y escuche.

Ocuparon los sillones y Rita dijo:

—Voy a la cocina a por *whisky*.

Los dos hombres acompañaron con la mirada a la joven hasta que desapareció tras unas cortinas. Jeff dijo, volviendo a mirar la cara de Drake:

—Puede sentirse orgulloso de ella.

—Lo estoy, señor Bresson —el joven hizo una pausa—. ¿Qué me iba a decir?

Jeff hizo un relato de todo lo que había acontecido desde el momento en que Rita lo encontró en la calle 62. Luego agregó:

—Quise suspender esta entrevista, pero su prometida es una muchacha muy valerosa y decidió traerme.

La joven reapareció con una bandeja en la que había tres vasos con cubitos de hielo y una botella de *whisky*.

—No exagere, señor Bresson —dijo con una sonrisa—. Usted lo hizo muy bien.

Puso la bandeja sobre una mesa ratona y escanci6 en dos vasos. Alarg6 uno a Jeff y otro a Drake.

Bresson bebi6 un trago y dijo:

—Usted puede guardar silencio si quiere, Drake. En tal caso, considerar6 que he venido a hacerles una visita amistosa. Me marchar6 por la puerta y no habr6 pasado nada.

El joven mir6 a su novia en silencio. Luego volvi6 la cara hacia el periodista.

—Hablar6, se6or Bresson. Jeff sonri6.

—Creo que ustedes forman una gran pareja. Estoy dispuesto a escucharle.

Drake bebi6 un largo trago de *whisky*, y luego puso el vaso entre las palmas de las manos, d6ndole vueltas como si le estuviese dando forma.

—A los pocos d6as de haber comprado mi cam6n recib6 la visita de un tipo que dijo llamarse Raimond Ulmer y ser inspector de la «Asociaci6n de Tranportes». Dijo que yo deb6a afiliarme y solt6 un discurso acerca de los beneficios que conseguir6 con eso. No me gust6 su facha y le dije que lo pensar6a. Durante los d6as siguientes llam6 alguna vez por tel6fono record6ndome que no deb6a de perder el tiempo en rellenar la correa —pondiente hoja de afiliaci6n. Yo le contestaba con evasivas.

Drake se interrumpi6 para beber un trago. Luego prosigui6:

—Una ma6ana, cuando me dispon6a a ir al garaje a por el cam6n, Ulmer me estaba esperando abajo, al lado de un flamante coche, y me dijo que iba a llevarme a la Asociaci6n. Lo mand6 al cuerno y recuerdo que 6l se despidi6 con una risita. Aquella ma6ana, cuando llegu6 al lugar donde deb6a de cargar, me encontr6 con que otro cam6n hab6a partido con mi mercanc6a. No me dieron ninguna explicaci6n. A partir de ese momento muchos d6as no pude trabajar. Hacia viajes de peque6o recorrido siendo as6 que mi cam6n es un traga millas. Durante tres semanas ingres6 muy poco dinero. Estaba claro que la Asociaci6n me estaba boicoteando. Rita y yo estuvimos de acuerdo en que no hab6a m6s remedio que afiliarse. Al d6a siguiente de esa conversaci6n estaba en el edificio de la flamante «Asociaci6n de Tranportes». ¿Lo ha visto alguna vez?

—S6, por fuera —respondi6 Bresson.

—Tendría que verlo por dentro. Es una buena colmena.

—Sí, me lo imagino, aunque también me imagino que la mayoría de las personas que están allí trabajan en cosas que no tienen nada que ver con el transporte. Son negocios particulares de los jefazos.

La joven escanció *whisky* en los vasos, exceptuando el de ella.

Drake continuó su historia.

—Expliqué cuál era el motivo de mi visita a una empleada y ella me dio la hoja de inscripción, que rellené. De pronto vi allí a Henry Daves, un compañero de mi infancia a quien hacía muchos años que no veía. Vivimos como hermanos muchos años hasta que su familia se marchó de la calle mudándose a otro lado. Lo saludé y él estuvo muy efusivo. Justamente había llegado a la hora del almuerzo y me dijo que lo esperase en un bar cercano a la oficina. Firmé mi hoja de afiliación y me fui al bar, donde al poco rato acudió Daves. Hablamos de nuestras cosas. Él bebió unos cuantos *whiskies*. De pronto Henry se refirió a la Asociación y me dijo que trabajaba allí de contable. Al cabo de otro par de vasos me guiñó un ojo diciéndome que él sabía cosas que podrían hundir a muchos hombres. No le concedí importancia y nos separamos.

Jeff sacó el paquete de cigarrillos y encendieron.

Drake expulsó dos chorros de humo por la nariz diciendo:

—Una semana después Henry vino aquí. Estaba Rita y se la presenté. En seguida me di cuenta de que había bebido demasiado. Eran las siete de la tarde y Rita y yo nos íbamos a cenar fuera. El insistió en que éramos sus invitados. Fuimos a un bar de la calle 14. Henry continuó bebiendo y se puso a hablar. Dijo que él tenía un procedimiento para hacerse con quinientos mil dólares. Rita y yo creímos que el alcohol lo hacía hablar incoherentemente. Henry leyó nuestro pensamiento y, riendo, dijo que nos podía demostrar que no estaba hablando por hablar. Quise dar por terminada la velada llevándolo a casa y él aceptó. Fuimos en su coche, pero yo tuve que conducir porque para ese entonces, Henry no podía hacerlo tal como se encontraba. Se quedó dormido en el camino. Lo despertamos al llegar, pero estaba tan borracho que, entre Rita y yo, tuvimos que subirlo a su casa. Una vez arriba pareció despertar y de repente se refirió otra vez a sus quinientos mil dólares. Yo quise llevarlo a la cama, pero él se me soltó. Dijo que creíamos que

estaba loco al hablar del medio millón. Entonces se metió en una habitación y salió, exhibiendo una carpeta. Dijo que allí estaba su secreto. Era la contabilidad de la «Asociación de Transportes» correspondiente al año 1950. La había sustraído de los archivos dejando en su lugar otros papeles sin ningún valor. Henry aseguró que estaba encargado de la sección y que no había ningún peligro de que fuese notada su ausencia. Nadie iba a pedir una contabilidad tan atrasada. Aquellos documentos probaban que la «Asociación de Transportes» había hecho uso indebido de los fondos de los afiliados. Demostraba que Cecil Geddes, el presidente, había financiado con el dinero de la sociedad cinco locales nocturnos y en todos ellos se exhibían espectáculos atentatorios a la moral. Una oficina de apuestas clandestinas en el Bronx; otra en Manhattan y dos en Jersey City; dos garitos en Brooklyn y otros muchos negocios.

Hubo un silencio.

—¿Cuándo ocurrió eso? —inquirió Bresson.

—Hace dos semanas. Al día siguiente por la noche me llamó por teléfono.

—¿Qué quería?

—Me dijo que todo lo que había dicho la noche anterior era absolutamente falso. Lo había inventado sobre la marcha para impresionarnos. Yo le dije que, naturalmente, no había creído nada. Desde entonces no nos hemos visto ni él ha llamado.

—¿Qué le ha hecho decirme todo eso? ¿Su afán de justicia?

—No. Yo era amigo de Andrew Mann. —Drake hizo otra pausa mirando el contenido de su vaso y luego agregó con voz ronca—: Él también se iba a casar el mes que viene.

—Lo siento.

—Andrew llevaba varios meses sin pagar la cuota. Yo no lo conocí hasta hace un mes, poco después que entré en la Asociación. Nos conocimos mi día en ruta hacia Detroit al coincidir en un restaurante de un poste de servicio. Andrew me habló de lo que era realmente la «Asociación de Transportes» y me invitó a que dejase de pagar la cuota. Le dije lo que me había pasado cuando empecé a demorar mi ingreso. No me atrevía a hacer nada recién ingresado por temor a que las cosas empeorasen para mí. Mi tío me había dejado el dinero para comprar el camión y luego estaban Rita y

nuestro matrimonio. Eran demasiadas cosas. No fue por cobardía, ¿lo entiende?

—Sé que no fue por eso.

—Y ya ve lo que le ha pasado a Andrew. Cuando me enteré el otro día pensé que realmente había sido un accidente. Uno nunca puede imaginar que haya gentuza tan indeseable capaz de asesinar de esa forma a una persona.

En la estancia se produjo un gran silencio. Rita se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Drake y éste la enlazó por la cintura.

Bresson sacudió la cabeza.

—Gracias por habérmelo contado todo, Drake, pero de todo ello se desprende una cosa. Su testimonio no valdría absolutamente nada sin los documentos que guarda Henry Daves.

—¿No puede decir en su periódico los negocios a que se dedica Cecil Geddes sin citar el origen de su información?

—Sólo serviría para que me atasen una soga al cuello. Cuando se hace una acusación es necesario demostrarla. Como usted mismo habrá leído en mi artículo de esta mañana, yo no me refiero a la «Asociación de Transportes», aunque todo el mundo que lo haya leído sabrá contra quién van dirigidos los dardos.

Bresson se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Finalmente se detuvo mirando a los dos jóvenes.

—Sólo hay una solución y me imagino que ustedes saben cuál es. Rita hizo un gesto afirmativo.

—Quitar a Henry su carpeta.

—Sí.

Drake movió la cabeza en sentido negativo.

—No me pida que haga eso. Sé que la Junta Ejecutiva de la Asociación es una pandilla de criminales y que Henry robó esos documentos del archivo buscando solamente su propio beneficio; pero, después de todo, Henry ha sido mi amigo.

—También lo fue Andrew Mann —recordó Jeff con voz grave. Drake bajó los ojos al suelo.

Hubo otra pausa y luego Jeff dijo:

—No se preocupe. Yo me ocuparé de eso. Drake observó otra vez:

—¿Quiere decir que va a hablar con Henry Daves para que le de la documentación?

—Sí.

—No se la dará.

—Me lo imagino, pero no puedo salir de su casa sin ella. Dígame dónde vive. Drake guardó silencio, pasándose una mano por la boca.

Bresson puntualizó:

—Les doy mi palabra de que cuando salga de casa de Henry Daves él seguirá viviendo.

Daves no me interesa, sino los verdugos de la Junta Ejecutiva.

Drake miró a Rita y ésta dijo:

—Díselo.

Drake hizo un gesto afirmativo.

—Essex Fells 253, tercera planta, apartamento F.

—Gracias, Drake. Podría informarme acerca de esa dirección por mis propios medios, pero he preferido que ustedes me la dijiesen.

Bresson dejó su vaso sobre la bandeja y tendió la mano a Rita.

—Gracias por todo.

Luego cambió otro apretón de manos con Drake.

—Suerte, muchacho.

Rita lo miró a los ojos fijamente, diciendo:

—Creo que usted la va a necesitar más que nosotros. Inmediatamente, Jeff abandonó el apartamento.

CAPÍTULO VIII

Johnny miró a sus tres compañeros.

—Ese maldito bastardo nos la jugó bien.

—Fue pura casualidad —dijo Donovan—. El taxista estaba tan asustado que chocó contra la pared.

—¿Oyen al irlandés?... Cree que todos son tan estúpidos como él.

—Yo no te he insultado, Johnny.

—Claro que no, no me has insultado, pero podías tener un poco más de seso en la cabeza. ¿Es que no te diste cuenta? Aumentaron la velocidad y luego el taxista se metió contra el bar... ¿Lo oyes?... Contra el bar... No fue contra un almacén ni contra una casa cualquiera sino contra un lugar que estaba concurrido. ¿Por qué, Donovan?... No contestes. Yo te lo diré. Bresson sabía que, al sobrevenir el choque, saldrían la clientela y hasta, con un poco de suerte, algún policía.

Johnny escupió en la escupidera del rincón y luego prosiguió:

—¿Lo vas entendiendo? Nosotros íbamos detrás y Rocky se encoló porque vio que el taxi empezaba a correr... Pero también eso formaba parte del plan de Bresson. Lo que él quería era burlar nuestra pasada. Nuestro coche no podría frenar a tiempo y nosotros cruzaríamos sin enviar ningún piorno.

—Pero se equivocó en eso —lo interrumpió Bellini—. Le enviamos un buen ramo. Johnny hizo una mueca, mirándolo.

—Vosotros los italianos sois muy graciosos. Le enviamos un ramo... un buen ramo... Tú apareciste por allí quince minutos más tarde, ¿verdad, Bellini? ¿Y qué es lo que te contaron? Que los pasajeros se habían largado sin un solo rasguño.

Rocky sacudió la cabeza.

—Bueno, lo que no entiendo es qué hacemos aquí. El tipo está suelto. Johnny apretó los dientes.

—Otro tipo inteligente... Sí, señor, me han puesto con una buena pandilla. En esta clase de negocios no podemos obrar por nuestra cuenta. ¿O es que no lo sabes?

Se encogió de hombros y prosiguió:

—Se hicieron unos cuantos disparos en la calle y él es Bresson, el famoso Jeff Bresson... el tipo de moda... ¿Lo oyes, muchacho? Es posible que el patrón continúe pensando que debe estar muerto, pero también puede pensar que hemos de demorar un poco el funeral.

Donovan se quitó la chaqueta y cogió un mazo de naipes del armario. Se sentó ante la mesa y se puso a barajar.

Johnny lo fulminó con la mirada.

—¿Qué haces tú?

—Ya ves, barajo.

—Crees que nos vas a pescar otra vez como antes, ¿verdad?

—No he propuesto que juguemos —repuso Donovan—. Me gusta tener los dedos en forma.

Hubo una pausa.

De pronto el teléfono se puso a repiquetear. Rocky fue a alargar la mano, pero Johnny se levantó de la silla diciendo:

—Espera, lo haré yo. Cogió el auricular.

—¿Sí?

—¿Cómo fue, Johnny?

—Mal.

—¿Qué dices?

—Bresson escapó.

—¿Cómo pudo ser, maldita sea?

Johnny refirió lo que había ocurrido. Luego, desde el otro extremo, preguntaron:

—¿Quién era esa chica morena?

—No lo sabemos.

—Buena pandilla de labriegos estáis hechos.

—No hay que apurarse. Conocemos nuestro oficio y Bresson sólo ha hecho que conseguir un poco más de aire.

—¿Tú crees? ¿A dónde demonios iba con esa muchacha? Bresson se dirigía a la Redacción del «Monitor». Tenía que escribir

su segundo artículo de la serie. Se dejó a una rubia muy potable por atender a su trabajo. Y entérate bien, Johnny, Bresson sólo está interesado por la «Asociación de Transportes».

Johnny se mojó el labio inferior con la lengua.

—Entonces, ¿la chica tiene relación?

—Claro que sí. ¿Qué otra cosa puede ser?

—Se puede arreglar.

—¿De qué forma?

—Bellini echó el ojo al taxista, que resultó tan listo. Nos será fácil dar con él y así nos enteraremos de la dirección que recibió cuando Bresson y la muchacha embarcaron frente al bar.

Hubo una pausa. Luego, el hombre que estaba al otro extremo, dijo:

—Está bien, Johnny. Poneos a trabajar en eso.

—¿Y el periodista?

—Lo convertís en pulpa. Pero primero es lo otro.

—Corriente.

—Mañana hablaremos.

Johnny oyó el chasquido al otro extremo del hilo y entonces colgó él. Se volvió hacia sus compañeros, los cuales tenían los ojos fijos en él.

—Es como si empezásemos de nuevo —dijo—, pero esta vez no se puede fallar. ¿Está claro?

Donovan, Rocky y Bellini movieron la cabeza de arriba abajo.

CAPÍTULO IX

La puerta del número 253 de Essex Fells estaba cerrada. En la tercera planta había una ventana iluminada, pero Jeff Bresson no sabía si correspondería al apartamento de Henry Daves.

Justamente en frente del edificio había un bar abierto. Entró en el local y, después de pedir un *whisky* en el mostrador, entró en la cabina telefónica. Buscó en la guía el número de Henry Deves, de Essex Fells y lo marcó. Le llegó el zumbido desde la otra parte. Una, dos, tres...

Finalmente descolgaron y oyó una voz seca, varonil.

—¿Sí?

—Por favor, llama la tintorería Waterman a la señora Jones.

—Lo siento, amigo, pero se ha equivocado.

—Perdone —dijo Jeff y colgó.

Regresó al mostrador y bebió su *whisky*. El mozo, un tino de cabeza casi calva, estaba hojeando una revista cinematográfica.

Jeff miró por la ventana hacia la casa de Henry Daves y de pronto vio que la puerta se abría dando paso a un individuo que se cubría con un gabán. Por debajo se le veía el pantalón del pijama. El tipo cerró la puerta y cruzó la calle, entrando en el bar.

Era un hombre de unos cincuenta años, de cabello rubio y bigote demasiado ancho.

—Buenas noches, Sam —saludó.

—¿Qué tal, señor Flanagan? —dijo el mozo.

—Perfectamente —sonrió Flanagan—. Acabo de ver un buen «*show*» en la televisión y dentro de un rato comenzará el combate de boxeo.

—Percy ganará.

—Eso está claro. Anda, dame una botella de *whisky*. El de

siempre. Jeff Bresson movió la cabeza sonriendo.

—El bueno de Percy. Si perdiese me arruinaría. Flanagan le dirigió una mirada.

—Usted también es de Percy, ¿eh? No se preocupe. Podría luchar contra ese perro danés con una sola mano.

El mozo puso la botella de *whisky* sobre el mostrador diciendo:

—Yo no diría tanto, señor Flanagan.

—¿Tú qué sabes? —Flanagan se dirigió otra vez a Bresson—. Sam no sabe una palabra de boxeo. Ni siquiera está enterado de lo que hizo Percy hace dos años en el Yanky Stadium... Infiernos, se le fracturó la mano izquierda en el cuarto asalto... ¡Y aún noqueó con la derecha, en el sexto, a Kid Mannion!... ¿Lo recuerda?

—¿Que si lo recuerdo? Yo estaba allí.

—¡No!

—Cuarta silla de *ring*, amigo.

Flanagan se acercó a Jeff y le palmeó en el brazo.

—Así que vio a Percy en persona.

—Sí, señor, y casi puedo decir que su sudor se mezcló con el mío... Kid Mannion no era manco.

El barman rió.

—¿Lo oye, Flanagan?... Kid Mannion hacía saltar por el aire el sudor de Percy. Usted también podía haber estado allí para darse un baño.

—¡Vete al infierno! —exclamó Flanagan, pero luego su rostro se iluminó mirando a Bresson—. Usted dice que ha apestado por Percy. ¿Va a ir esta noche allá?

—No pesqué una entrada porque está todo vendido desde anteayer.

—Bueno, pero lo verá en T. V.

Jeff dirigió una mirada a su alrededor.

—Aquí no hay, pero me iré a otro bar —sonrió—. No puedo perder la pelea de Percy. Aposté doscientos, ¿sabe?

—Bueno, ¿qué le parece si se viene a casa?

—¿Habla en serio?

—Claro que sí. —Flanagan cogió la botella de *whisky*—. Y aquí tenemos esto para refrescar. Soltó una carcajada riendo su propio chiste.

Sara rezongó:

—¿Va a pagar ahora la botella o se la apunto, señor Flanagan?

—Escribe un poco, Sam... Vamos, señor...

—Jim Kelly.

Bresson dejó una moneda de medio dólar sobre el mostrador y fue en pos de Flanagan, que ya salía por la puerta.

Cruzaron la calle y subieron la escalera.

Flanagan le alargó la botella y buscó la llave en el bolsillo del gabán. Se quedaron en la primera planta, apartamento B.

El «*living*» se hallaba iluminado. Los sillones estaban forrados con una cretona muy descolorida.

—Acomódese, Kelly —dijo Flanagan.

Conectó el aparato de televisión y en la pantalla apareció un locutor que estaba radiando un boletín de noticias.

—Voy a la cocina a abrir la botella —dijo Flanagan. Jeff atrajo un sillón y se sentó.

Terminaron las noticias y el locutor anunció que se iba a televisar el combate de Percy Nollan y Lou Sheridan.

Flanagan apareció corriendo con una bandeja en la que había dos vasos. Éstos tintinearón al entrechocar, pero Flanagan logró mantenerlo en equilibrio.

—Vamos, coja, amigo.

Flanagan se sentó, dando un suspiro.

En la pantalla apareció el *ring*. Los púgiles se estaban saludando en presencia del árbitro.

—Mírelo —dijo Flanagan—. Ahí lo tiene... Infiernos, ¿cómo puede haber alguien que haya colocado su dinero a favor de Lou Sheridan?

—Sólo los tontos —asintió Jeff.

—Es lo que digo yo. Puedo decirle lo que va a pasar.

—¿Sí?

—Percy abrirá la guardia en el primer asalto, pero se mantendrá siempre un poco alejado... Lou Sheridan querrá emplearse a fondo y, cuando vaya a colarse, Percy lo fulminará con su derecha...

Jeff guardó silencio pensando en Henry Daves y en aquella carpeta que contenía la documentación que serviría para hundir a la Junta Ejecutiva de la «Asociación de Transportes». Le sacó de su abstracción el sonido del gong.

El combate había empezado. Los dos púgiles salieron de sus

rincones fintando en los puños. Rozaron los guantes y se pusieron a bailar. Flanagan no cabía en sí de entusiasmo.

—Vea qué planta de campeón... No hay otro como él. Percy retrocedió bajando su guardia.

—¿Qué le decía yo? —gritó Flanagan moviendo el vaso con tanta brusquedad que parte del líquido se derramó en el suelo—. Ha empezado a utilizar su treta.

Lou Sheridan se mantuvo indeciso unos instantes golpeando un guante contra otro. Luego empezó a acercarse a su rival, dando pequeños saltos. Percy estiró el brazo izquierdo y de pronto el puño derecho de Lou Sheridan salió disparado alcanzando a Percy entre los dos ojos, Percy se fue hacia atrás sobre las cuerdas, pero Lou se dejó llevar por su impulso y lo siguió en su retroceso. Las cuerdas devolvieron a Percy hacia delante y una décima de segundo antes, Lou disparó su zurda de abajo arriba, Percy fue alcanzado ahora en el mentón, y de pronto cayó sobre la lona como abatido por un rayo, golpeó con las rodillas en el suelo, se mantuvo unos instantes en esa posición y luego rodó, quedando con los brazos y las piernas en cruz, completamente inmóvil.

El árbitro cogió a Lou Sheridan de un brazo y lo apartó bruscamente de junto al caído Percy. Luego empezó a contar.

—No puede ser —dijo Flanagan con voz estrangulada—. Es imposible... Es una treta, le digo que es una treta.

Pero no lo fue. El árbitro contó diez y Percy seguía exánime. Sus cuidadores saltaron por entre las cuerdas y fueron a recogerle.

Flanagan se dejó caer en el sillón.

Jeff se dijo que estaba en su racha de buena suerte. Apuró el *whisky* del vaso, porque era una lástima desperdiciarlo y se puso en pie, dando un suspiro.

—Bueno, mi padre me dijo que si alguna vez las cosas salían mal, no debía preocuparme. Otra vez ganaremos, amigo.

Flanagan movió la cabeza abatido.

¿Le importa que no le acompañe hasta la puerta?

—No se preocupe, conozco el camino.

—No lo acabo de creer. Percy no podía ser derrotado... No podía. Jeff cerró la puerta a sus espaldas escuchando la voz de Flanagan.

Subió a la tercera planta y detúvose ante el apartamento F.

Oprimió el timbre y esperó. Le abrió un joven de unos veintiséis años, que se cubría con un batín de color azul oscuro.

—¿Henry Daves?

—Sí, ¿qué desea?

—Quiero hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—Se lo diré dentro.

Jeff hizo un gesto para pasar junto a Henry Daves, pero éste no se apartó del hueco.

—Dígame primero quién es usted.

Jeff lo miró a la cara. No era muy agradable. Henry Daves tenía unos ojos muy pequeños y una nariz demasiado aguileña. Ahora introducía la mano derecha en el bolsillo del batín.

Rápidamente Bresson se echó sobre él y lo aferró por la muñeca.

Henry Daves lanzó un grito y se echó atrás, hasta que golpeó la espalda contra la pared. Dio un tirón tratando de desasirse de la presa de Jeff, pero éste acompañó su movimiento y le llevó la mano a la espalda obligándole a girar sobre sí mismo.

Henry Daves se dobló para evitar que Jeff le partiese el brazo.

—Tire eso, Daves —ordenó.

Daves abrió la mano y una pistola negra golpeó contra el suelo.

Luego Bresson propinó un empujón al tipo y cogió rápidamente el arma. Henry acabó de trastabillar y se volvió como una centella.

Bresson interrumpió su carrera apuntándolo con el arma.

—Controle sus nervios, Henry.

—¿Quién es usted? —repitió Daves mirando con temor el rostro de su visitante.

—Jeff Bresson.

Daves se quedó con la boca abierta.

—¿El... periodista?

—Si.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Pasemos al «*living*», ¿no le parece?

Daves permaneció todavía unos segundos inmóvil. Finalmente, apartó unas cortinas, entrando en el «*living*». Bresson le pisó los talones.

El empleado de la «Asociación del Transportes» giró nuevamente hasta enfrentarse con Jeff. Sus labios forzaron una sonrisa.

—Leí su artículo esta mañana.

—¿Sí? ¿Qué le pareció?

—Bueno, yo no puedo opinar.

—¿Oyó quizá a sus jefes?

—A uno de ellos.

—¿A quién?

—Al señor Witeld, el secretario.

—¿Y qué es lo que dijo?

—Es preferible que no lo sepa, señor Bresson.

—Ya... —Bresson sonrió—. Pero le diré un secreto. Yo también he dicho muchas cosas acerca del señor Witeld.

Henry Daves se apretó las manos.

—Usted ha venido aquí equivocado, Bresson.

—¿Usted cree, Daves?

—Yo trabajo para la Asociación, pero sólo soy un oficinista, ¿sabe? Cobro un sueldo de trescientos dólares mensuales... Trabajo allí como podría hacerlo en cualquier otra oficina. Usted ya me entiende, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo, Daves.

Bresson dio unos pasos y se sentó en el brazo de un sillón.

—Si usted ha leído mi artículo, como dice, se habrá dado cuenta de algo muy importante, Daves.

—¿De qué, señor Bresson?

—No tengo pruebas para llevar ante un Gran Jurado a la Junta Ejecutiva de la Asociación.

—¿Usted piensa hacer eso? —preguntó Daves perplejo.

—Me gustaría mucho, Daves.

—Bueno, considero que eso sería muy atrevido por su parte.

—Me atrevería si tuviese pruebas.

Hubo una pausa mientras los dos hombres se miraban fijamente. Daves se señaló apoyando el dedo índice en su pecho.

—¿No habrá creído... que yo...? —se interrumpió.

—¿El qué, Daves?

—No puedo declarar. No diré nada. Ni aunque me amenace con la pistola.

—No me, interesa su testimonio, Daves. En un caso como éste, un testimonio significa bien poco. Para ser exactos, no serviría de nada.

—¿Entonces?

—Lo que se requiere son documentos, pruebas escritas.

—No le comprendo, señor Bresson.

—¿No?

—No, señor Bresson. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Jeff Bresson había armado su plan. Aquella introducción había sido un ensayo. Quería hacer lo posible porque Henry Daves no lo pudiese relacionar con Drake. Ahora miró la pistola y dijo:

—Pensé que usted, como empleado de la casa, podría tener aquí algunos papeles que fueran interesantes.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Nadie, Daves. Es una suposición mía. Si supiese que los tiene, seguro que ya habría empezado a buscar hace un rato. Sólo es una sugerencia mía. Es frecuente que los empleados de una oficina se lleven trabajo a casa.

—Nosotros lo tenemos prohibido.

—Vaya. Eso hace más interesante a la «Asociación de Transportes».

—Ya le dije antes que se equivocaba. Siento que haya perdido su tiempo. No le puedo servir de ninguna ayuda.

—Naturalmente, no habrá pensado que me voy a quedar convencido con sus palabras.

—¿Qué quiere decir?

—Haré un registro del apartamento.

—No tiene ningún derecho a ello.

—No, eso es cierto, Daves. —Bresson levantó el arma—. Pero usted me lo concedió cuando sacó esta pistola. Pórtese como un buen chico y venga conmigo. ¿Por dónde empezamos?

Daves tragó saliva.

—Oiga, Bresson. Le haré una oferta.

—¿Qué clase de oferta?

—Le voy a dar quinientos dólares y usted se marcha. Bresson sonrió.

—Eso suena como un chiste. Me quiere dar quinientos dólares a cambio de nada. Daves se mordió el labio inferior.

—Quiero que me deje en paz. Si alguno de mis jefes se entera de que usted ha estado aquí, me buscará un compromiso.

—Descuide, Daves, yo no pienso hablar de mi visita con sus jefes

y espero que usted también sepa guardar el secreto. Ande, dese prisa. Yo también la tengo.

Bresson se dirigió hacia la puerta que tenía más cercana y la abrió. Era el dormitorio: Daves echó a correr, pero se detuvo bruscamente cuando Jeff le apuntó otra vez.

—No tengo nada de lo que usted busca.

—Entre, Daves, y no me haga repetírselo.

Daves pasó al interior del dormitorio con la cabeza baja.

Jeff vio una cama, una mesilla de noche, un armario y una silla.

—Póngase contra la pared, Daves, y será mejor que no haga ningún movimiento.

Bresson abrió el armario. Había tres trajes en sus correspondientes perchas. Abajo vio algo que estaba envuelto en papel de periódico. Agachándose rompió éste, descubriendo una carpeta azul muy abultada. Ya la estaba cogiendo cuando de pronto el pie de Daves le golpeó junto a la oreja. Sintió un agudo dolor en la cabeza y creyó que iba a perder el conocimiento. Por suerte para él se derrumbó a un lado y el segundo puntapié fue fallado por Daves.

El periodista logró propinar un rodillazo en el vientre de Daves, quien se arqueó tratando de tragar aire por la boca. Luego Jeff le golpeó en la barbilla. Sonó un chasquido y Daves cayó hacia atrás lanzando una exclamación ahogada.

Jeff se puso en pie frotándose la oreja.

Daves estaba peor que él porque apenas se podía mover. La pistola había caído otra vez al suelo y Bresson la cogió, guardándola en el bolsillo.

Luego atrapó la carpeta y se la puso bajo el brazo.

Daves se arrastró hasta quedar apoyada la cabeza en la pared. Miró a Bresson y a la carpeta y luego otra vez a Bresson.

—No se lleve eso. No es nada que le interese.

—Claro, y por eso ha intentado matarme.

—Son los planos de un invento en que estoy trabajando.

—¿Sí? ¿Qué clase de invento, Daves?

—Un aparato de mecánica. No puedo decirle lo que es. Se me ocurrió a mí y nadie tiene derecho a saber nada.

Bresson hubiese soltado una carcajada de buena gana. Era un buen invento aquel de Daves. Le iba a proporcionar quinientos mil

dólares.

—Muy bien, Dave —dijo—. Me llevaré estos planos a casa y, si es cierto que se trata de un aparato mecánico, le doy mi palabra de caballero de que se los devolveré sin haberle copiado una sola línea.

Daves respiró jadeante.

—No puede hacer eso.

—Le voy a dar un consejo, Henry. Permanezca aquí mientras yo salgo. Si vuelve a atacarme, le juro que le daré un escaramente mayor.

—Llamaré a la policía. Ha allanado mi morada, me he robado. Lo meterán en la cárcel.

—Muy bien. Considero que eso es razonable. Usted conoce mi dirección y ya puede estar seguro de que la policía también está al corriente del lugar donde encontrarme. Llámela y dígales lo que le han robado.

Seguidamente Jeff Bresson abandonó la habitación, y el apartamento.

Mientras descendía la escalera se dijo que no podría acudir con su tesoro al periódico ni a su apartamento. Habían intentado matarlo una vez y cabía esperar que ahora lo estuviesen aguardando en los lugares a donde era lógico que acudiese.

De pronto se acordó de ella, de la rubia. Carol le proporcionaría el lugar adecuado. Cruzó otra vez la calle y se metió en el bar. Sam lo vio llegar.

—¿Cómo fue la pelea?

—Lou noqueó a Percy.

El mozo abrió los ojos como platos.

—Infiernos, cómo debe estar el señor Flanagan.

Jeff se metió en la cabina telefónica y discó el número de Milton Burke.

Cogieron el auricular al primer zumbido y oyó muchas voces entremezcladas con música.

—¿Quién llama? —dijo una voz que no reconoció.

—Quiero hablar con Carol —y ahora recordó que Ro conocía el apellido. —¿Carol?—. A, es la rubia más sensacional que hay en esa reunión.

—En seguida, amigo.

Jeff sonrió mientras esperaba. En seguida oyó la voz de Carol.

—¿Eres tú, Jeff?

—¿Como lo sabes?

—Me has tenido en vilo. Llamé al diario nada más llegar aquí y me dijeron que no habías aparecido. ¿Qué ocurrió, Jeff?

—Ya te lo contaré. Pero ¿por qué llamaste?

—Quería decirte algo.

—Está bien, nena, me lo dirás muy pronto.

—¿Vienes ya hacia acá, Jeff?

—No me gustarla que tú y yo estuviésemos rodéalos por tanta gente. Ya tuvimos bastante con lo de Williers.

—¿Me vas a proponer una visita a tu apartamento?

—Todavía no, nena. —Jeff se quedó pensativo—. ¿Qué te parece el lugar donde me obsequiaste con tu bofetada? Allí dentro de media hora.

—Espera, Jeff.

Pero Bresson colgó inmediatamente.

CAPÍTULO X

Bill

O'Bannion

vio acercarse a Jeff al mostrador.

—Caramba, señor Bresson. ¿Ya terminó con la rubia?

—Sólo empecé, y sírvenme un *whisky*.

Bill escancié en el vaso y se lo puso delante mientras fruncía el ceño.

—¿Habla en serio con respecto a la rubia, señor Bresson?

—Sí.

—Infiernos, usted tendrá clase, pero también es un tipo con mucha suerte.

Bresson apretó contra sí la carpeta azul. Luego bebió un trago de *whisky*. Bill rezongaba:

—La rubia lo toma por otro y le pega una bofetada y resulta que, de esa forma, consigue que ella vaya a buscarle para pedirle disculpas. Tenía que haberme pasado a mí y yo le hubiese demostrado a usted si tengo o no clase.

Jeff arrugó el ceño.

—¿Qué estás diciendo de la rubia, Bill? ¿Ella me tomó por otro?

—Me informé cuando la chica se marchó. Jimmy, el botones, se dejó caer por aquí. La rubia tiene el apartamento veinticuatro y resultó que en el veintitrés hay un tipo que es un témpano de hielo. Los dos cuartos de baño tienen una puerta comunicante y el iceberg llamó por teléfono a la rubia y le dijo que le abriese la puerta. Ella lo mandó al cuerno, pero luego el tipo se puso junto a la puerta y empezó otra vez a darle la lata e incluso intentó forzar la cerradura. Jimmy dice que se lo oyó decir a la rubia cuando ella se encontró arriba con el fulano. Ocurrió precisamente después que le pegó a

usted la bofetada —de pronto Bill se interrumpió—. Oiga, ¿es que acaso ella no se lo ha contado?

—Claro que sí, Bill —repuso Bresson—. Ella me lo ha contado todo.

De modo que Carol había jugado con él. Bien; quizá a él le llegase el turno.

Después de permanecer un rato pensativo, le entregó a Bill la carpeta azul para que se la guardase.

Fumó un cigarrillo oyendo las cosas de Bill y contestando de vez en cuando con monosílabos.

—Ahí la tiene —dijo de pronto el *barman*.

Volvió la cabeza y vio que Carol llegaba en compañía de Joe Benedict.

Bresson miró fijamente a la cara de la joven. Sus ojos brillaban mucho y eso quería decir que la muchacha no había querido pasar por abstemia en el apartamento de Milton.

Cuando ella llegó a su lado, él la enlazó por la cintura y la ayudó a subir al taburete. Joe Benedict exclamó:

—Caramba, Jeff, nos has dado un buen susto.

—¿Sí?

—Me llamaron a casa de Burke desde el «Centinela» para comunicarme lo que pasó con cierto taxi en la calle 103. Resulta increíble que esos «gánsteres» pretendiesen liquidarte.

Bresson lo miró fijamente.

—Para mí no ha sido una sorpresa, Benedict.

—Me dijeron que iba una chica contigo. —Benedict sonrió dando un suspiro—. Bueno, si no hubiese estado Carol con nosotros habría pensado que era ella.

Carol levantó la barbilla.

—¿Quién era, Jeff?

—¿No puede tener uno admiradoras? Me propuso el matrimonio y casi logró convencerme. Por fortuna, esos matones me devolvieron a la vida. La chica comprendió que a mí lado la esperaba un porvenir muy accidentada y decidió ir a su pueblo para casarse con el hombre que la está esperando.

—¿Cuándo vas a hablar en serio? —dijo Benedict, Jeff bostezó, cubriéndose la boca con la mano.

—Creo que me voy a ir a dormir.

—Vaya —dijo Carol—. ¿Qué les parece? Me saca de una fiesta cuando está en su apogeo y ahora me dice que se va a dormir. ¿Dónde he leído yo que los jóvenes de hoy no tienen sentido de la responsabilidad?...

Benedict sacudió la cabeza.

—Quizá sea lo que más convenga a Jeff. Anda, muchacho, yo te llevaré a casa.

—Gracias, Joe, pero prefiero ir andando y tomar un poco de aire.

—Bueno —sonrió el columnista mirando alternativamente a los jóvenes—. Eso equivale a una despedida. Fue un placer, Carol. Hasta mañana, Jeff —dio dos pasos, pero luego se detuvo girando la cabeza—. Ah, Jeff, hablé con Kennedy, pero me dijo que no habías ido por allí. ¿Es que no vas a escribir el artículo?

—Me parece que he cambiado de idea.

Benedict entrecerró los ojos sin apartarlos de la cara de Bresson.

—¿Quieres decir que renuncias?

—Es posible.

—Me imagino entonces que el señor Williers va a tener un nuevo agente de publicidad.

Enhorabuena, muchacho.

Bresson no dijo nada y Benedict dio media vuelta y poco después trasponía la puerta. Carol exclamó:

—No quiero dar crédito a mis oídos. Jeff... ¿Es cierto que ya 110 vas a escribir acerca de la Asociación?

—¿Tú qué crees?

—De modo que esos hombres han conseguido lo que pretendían, te han atemorizado. Jeff alargó la mano hacia Bill.

—Dame eso, muchacho.

Bill le entregó la carpeta y luego Jeff cogió por la muñeca a Carol y la hizo saltar del taburete.

—Vamos, nena.

—¿A dónde?

—Al apartamento veinticuatro.

—¡Es el mío!

El encargado del ascensor se metió con ellos en la jaula y apretó el botón de la segunda planta sin esperar a que se lo rogasen. Una vez arriba caminaron por el corredor hasta detenerse ante la puerta

veinticuatro. Carol llevó su bolso a la espalda.

—No puedes entrar. Está prohibido recibir hombres en las habitaciones.

Jeff palmeó la carpeta.

—Es por esto por lo que siento más cariño en este momento y no tengo a donde ir para examinarlo tranquilamente.

Carol titubeó unos instantes, pero finalmente sacó la llave del bolso y abrió la puerta. Pasaron al «*living*» y Jeff se quitó la chaqueta y la dejó sobre un diván. Luego acercó un sillón a la mesa ratona y se sentó.

—Podías hacer algo, nena, como, por ejemplo, pedir un par de *whiskies*. Carol caminó hacia el teléfono.

Bresson se puso a examinar el contenido de la carpeta. En unos cuantos minutos se dio cuenta de que, efectivamente, con toda aquella documentación, Cecil Geddes y su gentuza irían a parar a la cárcel. Toda la poderosa organización criminal saltaría hecha pedazos.

Un mozo llegó con los *whiskies* y se fue.

No hacía falta que comprobase más. Aquella carpeta era realmente la bomba atómica. Alzó los ojos y vio a Carol sentada en el diván, mirándolo atentamente.

—Así que ibas a renunciar, ¿eh? —dijo ella.

Jeff se pasó al diván, sentándose a su lado. La tomó una mano y se la apretó suavemente. Ella se apartó.

—No has contestado a mi pregunta, Jeff.

—No, querida. No me voy a retirar del asunto, y para que estés orgullosa de mí, te diré que esos hombres no me dieron ningún miedo. Pero dejemos esas cosas prosaicas y hablemos de ti y de mí.

Bresson se acercó otra vez.

—Oye, Jeff —dijo ella tragando saliva—. Me parece que es un poco tarde.

—Nunca es tarde para amar —dijo él.

—Supongo que no te irás a poner pesado. Debes recordar que eres un caballero.

—Lo mismo dijiste anteanoche.

—¿Cómo?

—Anteanoche, cuando nos conocimos en la fiesta de Grant —¿o es que no te acuerdas?

—Eres tú quien lo había olvidado, Jeff.

—Es imperdonable que me haya ocurrido una cosa así, pero ahora lo tengo todo presente.

—No, Jeff.

—Sí, nena, es como si estuviese ocurriendo otra vez —le volvió a coger la mano y acercó su cara a la de ella—. Los dos estábamos juntos como ahora... uno muy cerca de otro.

—¿Tan cerca, Jeff?

—Me sentía atraído por ti. Fue una cosa extraña, fulminante. Ocurrió desde el primer momento en que te vi. Y en tus ojos pude leer que yo no te era indiferente.

—Oh, no, Jeff. Yo no digo nunca nada con los ojos.

—Eso no lo podrías jurar... Lo estás diciendo ahora.

—Es posible, pero no traduces bien, Jeff. Te estoy diciendo que te estés quieto.

—Oh, no, nena. La versión es perfecta. Tus ojos piden un beso.

El la apretó contra sí antes de que se pudiese escurrir de sus brazos y la besó en los labios.

Carol le propinó un empujón, alejándolo de sí y quedóse con los ojos y la boca abierta.

—¡Bill!

—No, querida, soy Jeff.

—¡Bill

O'Bannion,

el barman del hotel!... ¡Él te lo ha contado todo!... Te ha dicho que te abofeteé confundiendo con otra persona.

Bresson cruzó los brazos, moviendo la cabeza sonriente.

Carol, se levantó de un salto y alargó el brazo, señalando con el dedo índice la puerta.

—¡Salga de aquí inmediatamente, señor Bresson!

—Eso resulta estupendo. De modo que representas una comedia hasta el momento en que no te gusta el papel que te han confiado. Sólo te interesó mientras conservaste todas las ventajas.

—Ha abusado de mi confianza, señor Bresson... Usted... Usted me ha besado.

—Es lo menos que te podía ocurrir. Debes estar agradecida a que soy un tipo que no quiere aprovecharse.

Ella hizo un mohín de asombro.

—¿No ha querido aprovecharse y se ha colado en el apartamento?

—¿Quieres dejar de adoptar esa actitud de doncella ultrajada? Anda, dime, ¿por qué decidiste engañarme?

—Sólo fui a pedirle excusas.

—Claro que sí, fuiste a casa de Williers para disculparte, pero ¿de qué forma lo hiciste? Haciéndote pasar por una joven con la que yo había iniciado, al parecer, algo un poco peligroso.

—Me niego a escucharle.

—Claro, no te conviene. —Bresson dio un suspiro mientras se ponía en pie—. Está bien, nena, pero te voy a decir una cosa. Aquí no iba a ocurrir nada, ya me iba.

Cogió la carpeta, y echó a andar hacia la puerta.

—¡Jeff! —lo llamó.

Bresson se detuvo volviéndose. La joven se mordió el labio inferior.

—Esos papeles que llevas ahí, ¿son importantes?

—Sí, mucho.

—¿Continuará habiendo peligro para ti?

—Más que antes.

—¿Peligro de muerte?

—Me querrán hacer pedazos y, si lo consiguen, cabrán en un pañuelo.

—¡Oh, no, Jeff!

La joven corrió a su lado y Bresson la estrechó entre sus brazos y otra vez sus labios se unieron, aunque ahora ella colaboró con él.

Y entonces la puerta se abrió de golpe y una voz dijo:

—Muchachos, acabó la película.

Jeff y Carol se separaron, volviendo la cabeza hacia la entrada.

Dos hombres se colaron en el apartamento y el último de ellos cerró la puerta. Sus diestras estaban ocupadas por sendas pistolas. Jeff miró sus caras. Uno de ellos poseía unos ojos muy saltones. El otro dijo:

—¿No te enternece, Johnny?

Bresson soltó una maldición para sus adentros y observó más detenidamente a Johnny «Ojos Saltones». Aquel tipo era el hombre que directamente se había ocupado de asesinar a Andrew Mann.

CAPÍTULO XI

Carol puso los brazos en jarras.

—¿Qué significa esto? Se han equivocado de apartamento. ¡Márchense!

Bellini midió a la joven de pies a cabeza y encanutó los labios lanzando un silbido.

—¿La has visto, Johnny?

—Sí, la he visto.

—Ella me quitaría el sueño si lo tuviese —dijo Bellini con una sonrisa. La joven apretó los labios con fuerza.

—Si ya han terminado con sus ocurrencias, den media vuelta y empien a salir. Johnny dio un suspiro.

—¿Lo ha oído, señor Bresson? La chica nos echa de su habitación. Ande, mueva las piernas.

—No tengo interés en ir a ninguna parte —respondió Jeff—. Yo estaba aquí muy bien con ella.

Bellini dejó oír una risita.

—Yo también estaría muy bien con ella.

Johnny miró la carpeta que Bresson tenía bajo el brazo.

—Usted es muy listo, Bresson, pero debió pensar que se metía en un avispero. Ahora va a pagar las consecuencias.

Bresson sacudió la cabeza.

—Está bien, Johnny. Iré con ustedes pero con una condición. La chica se queda aquí.

—Usted no puede imponer ninguna condición —dijo Johnny—. Y yo soy amigo de mis amigos. Ya ha oído que ella le gustó a Bellini. También formará parte de la expedición.

Carol levantó la barbilla.

—No iré a ninguna parte.

—¿Por qué no, nena? —preguntó Bellini.

—En casa no me dejan trasnochar.

—Qué lástima —dijo el italiano. Johnny movió la pistola.

—Ya basta de discursos. Será mejor que obedezcan. Bresson cogió la carpeta y la alargó hacia Johnny diciendo:

—Sea práctico, Johnny. Usted ha venido por eso.

—¿No dije que era muy listo?

—Tómela y déjenos en paz.

Así diciendo, Jeff echó a andar hacia el «gángster».

—Quieto —ordenó Johnny.

Pero Jeff no obedeció y de pronto arrojó la carpeta sobre la muñeca armada de «Ojos Saltones» y él fue detrás.

El periodista sabía que, por unas décimas de segundo, estaría a tiro de Bellini, pero eso era algo que no le debía preocupar excesivamente. Sabía que si Carol y él salían del hotel con el par de matones, no tendría muchas probabilidades de ver a luz del nuevo día.

La carpeta golpeó contra la pistola de Johnny y éste soltó una maldición y seguidamente lanzó otra cuando la garra de Jeff Bresson lo atrapó por el brazo y tiró de él violentamente.

Jeff chocó contra la pared al tiempo que Johnny se le caía encima. Entonces lo aferró pasándole los brazos por debajo de los sobacos.

Bellini se desplazó en auxilio de su compañero y, llegando junto a la pared, levantó el arma para descargar un culatazo en la cabeza de Bresson. Pero entonces algo le cayó encima y él estuvo dispuesto a jurar que era una tigresa, o quizá fuese una pantera. Unas uñas se hundieron en su cuello, pero lo más extraño fue que de pronto unos dientes se clavaron en su brazo con tanta fuerza que le paralizó el miembro.

Se revolvió para desembarazarse de aquella fiera, pero ésta siguió a sus espaldas y los dientes y las uñas siguieron clavándose en su carne.

Lanzó un aullido y pasó el brazo por encima de su cabeza para atrapar el cuello del felino.

Jeff no permanecía ocioso. Había logrado juntar sus manos sobre la nuca de Johnny y empezó a apretar hacia abajo.

Johnny se puso a lanzar gritos de dolor.

—¡Suelta la pistola! —le ordenó Jeff.

Johnny se apresuró a soltarla porque el periodista estaba a punto de quebrarle las vértebras.

Entonces Bresson se apoderó de la pistola apartando al «gángster» de un empujón.

Jeff se puso en pie mirando asombrado el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Bellini daba vueltas vertiginosamente tratando de desembarazarse de Carol, la cual estaba sobre su espalda. Finalmente, el italiano se desplomó de rodillas, y aun así la joven no soltó su presa.

—Ya basta, nena —dijo Bresson—. Se acabó el peligro.

Sólo entonces la joven se alejó del «gángster» y respiró jadeante.

Bellini vio el arma que le apuntaba y abandonó su pistola. Llevóse las manos al cuello haciendo una mueca de dolor.

—Usted es antropófaga —lloriqueó mirando a la rubia. La joven parpadeó confusa.

—¡Oh! —gimió—. ¿Qué es lo que he hecho? Bresson se encargó de darle la respuesta.

—Algo maravilloso, nena. Gracias a tu zarpa lo podremos contar. Anda, coge la carpeta, nos vamos de aquí.

—¿Sin ellos?

—No podemos perder el tiempo.

—¿Por qué no los entregas a la policía?

—¿Y qué podemos decir? ¿Que nos asaltaron? Ellos tienen buenos abogados y estarían libres antes de mañana. Hay otras cosas mucho más importantes —movió la pistola en abanico—. Vamos, muchachos, arriba.

Johnny y Bellini se pusieron en pie.

—¿Dónde está el cuarto de baño, nena? —inquirió Jeff.

Carol caminó hacia el fondo de la habitación y abrió una puerta.

—Bien, muchachos —dijo Jeff—. Adentro.

Johnny lo miró con ojos furiosos.

—Yo le diré lo que le conviene, Jeff. Entréguenos la carpeta y nos iremos sin hacerles el menor daño.

—No seas ingenuo, Johnny y métete en esa ratonera.

Johnny hizo una señal con la cabeza a Bellini y ambos se fueron al cuarto de baño. Luego Carol cerró la puerta.

—Escaparán enseguida —dijo regresando al lado de Bresson.

—No podemos hacer otra cosa. Cerraremos con llave por fuera y ganaremos un poco de tiempo. Coge la carpeta, nena.

Jeff atrapó la pistola de Bellini y la guardó en el bolsillo junto con la de Henry Daves. Infiernos, había empezado la noche sin un arma y ahora tenía tres.

Caminó hacia la puerta y la abrió poco a poco, asomando la cabeza por el corredor. Al ver este despejado hizo una señal a Carol para que saliese.

Bajaron aprisa la escalera y vieron que en el bar sólo estaba Bill. Jeff guardó la pistola y acercóse llevando a la joven del brazo.

—Oye, Bill —dijo Bresson rápidamente—. ¿Dónde está la puerta trasera? El barman le indicó por dónde tenía que ir y luego comentó:

—Oiga, ¿les pasa algo?

—Nada, Bill, sólo que Carol y yo comenzamos un juego y ella ya lo ha acabado. Diciendo esto cogió la carpeta que tenía la joven.

Carol protestó:

—¿Es que vas a dejarme aquí?

—Seguro.

—Quiero ir contigo.

—No, nena. Tú te quedas con Bill. ¿Tienes pistola, muchacho?

—¿Cómo ha dicho?

Jeff sacó una del bolsillo y se la tiró a Bill.

—Hay dos tipos en su apartamento. Dentro de un rato bajarán. Defiende a la chica contra todo.

Carol se colgó de su brazo.

—No te has de desembarazar de mí y te hago falta. Recuerda mis garras.

—Claro que sí, nena —sonrió Jeff y de pronto le golpeó el mentón.

Carol lanzó un grito y su cabeza se dobló, perdido el conocimiento. Bresson la atrapó antes de que pudiese caer en el suelo.

—¿Qué es lo que hace? —Galleó Bill.

Jeff cogió a la joven en brazos, la dejó en un taburete y luego echó a andar diciendo:

—Es cuenta tuya, Bill, y si uno de esos tipos se le acerca, dispara antes de preguntar.

—¡Oiga, yo soy un barman, no un policía!

—Pues llama a los agentes y empezarás a hacer las cosas bien. Hasta la vista. Jeff salió por la puerta trasera del hotel que daba a una calle oscura y solitaria.

Echó a andar rápidamente y diez minutos más tarde tomaba posesión de un taxi. Dio al conductor la dirección del «Monitor». Al llegar a su destino miró por la ventanilla. Vio algunos coches y era posible que desde alguno de ellos estuviesen vigilando y también entraba dentro de lo razonable que cuando saltase a la calle le diesen la bienvenida con un chorro de plomo; pero debía correr el riesgo. Pagó al conductor, hinchó los pulmones de aire y, abriendo la portezuela, echó a correr hacia el edificio.

Penetró por la puerta como una exhalación sin que hubiese ocurrido nada. Bueno, quizá los había pillado de sorpresa.

El viejo Norman lo saludó.

—Buenas noches, señor Bresson. El señor Kennedy ha preguntado muchas veces por usted.

—Pues aquí me tiene.

Subió en el ascensor. En la sala de Redacción había cuatro compañeros que se le quedaron mirando mientras él cruzaba por entre las mesas.

—Buenas noches, muchachos —saludó. Le contestaron con voz débil.

Por detrás de los cristales del fondo vio a Kennedy en mangas de camisa ensimismado en la lectura de un artículo.

Entró sin llamar y Kennedy alzó los ojos. Tendría unos cincuenta y cinco años y su cabello ya estaba blanco. Kennedy aseguraba que eso y una úlcera de estómago era lo que debía al «Monitor».

—¿Quién fue esta vez, Jeff? ¿Una pelirroja?

—Rubia, Tom —repuso Jeff, sentándose en un sillón giratorio.

—Debiera despedirte. —Kennedy golpeó la mesa con el puño—. De modo que logras dar con una información sensacional y tú la tiras por la borda por una muchacha de cabello oxidado.

—Es genuino.

—Vete al infierno... Aunque debí enviarte hace mucho tiempo, aquella vez que estuviste cuatro días sin aparecer porque te tropezaste con una morena.

—Pelirroja —le corrigió Jeff arrojando la carpeta azul sobre el

artículo que Kennedy estaba corrigiendo cuando él entró.

—¿Qué es esto? —preguntó Tom.

—Échale un vistazo.

Kennedy continuó soltando imprecaciones por lo bajo mientras abría la carpeta.

Consultó un papel y luego otro. Sus ojos se movieron muy aprisa y finalmente los alzó.

—¡Jeff!...

—Te voy a dar un consejo, Kennedy. Ordena que paren las máquinas. Llama a Douglas y dile que se ponga a fotografiar todo eso y si yo estuviese en tu lugar, procuraría que el periódico estuviese en la calle a las seis de la mañana.

Kennedy se levantó de un salto y corrió a la puerta, que abrió.

—¡Eh, Douglas!... ¡Joshua!... ¡Martin!... ¡Se suspende la edición! ¡Todos aquí!

Jeff estiró las piernas y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, cerrando los ojos. Durante un rato trató de no escuchar los gritos y las órdenes que distribuía Kennedy entre los muchachos. Se quedó amodorrado, pero de pronto oyó un timbre lejano y luego la voz fuerte de Kennedy.

—¡Eh, Jeff! Es para ti. Bresson se restregó los ojos.

—¿Quién llama? —dijo mirando la cara de Kennedy.

—No lo ha querido decir —repuso Tom y se mojó los labios con la lengua.

—El otro bando, ¿eh?

—Temo que sí.

—Está bien, dame. —Bresson alargó el brazo y cogió el auricular —. ¿Sí?

—¿Jeff Bresson? —dijo una vos que no le resultó conocida.

—El mismo.

—Coja esa carpeta que ha llevado a la Redacción y vaya a la esquina de la calle 92 con la Octava Avenida. Allí le estará esperando un coche.

Jeff soltó una risotada por el auricular.

—Oiga, amigo, usted debiera escribir libretos para revistas.

—No es ningún chiste, Bresson.

—A mí me lo pareció. Perdóneme si he herido su susceptibilidad. Pero dígame todo eso de la calle el próximo verano.

—No cuelgue, Bresson. Aún no he terminado. Usted va a hacer eso si no quiere que por culpa suya mueran dos personas inocentes.

Jeff sintió un estremecimiento.

—¿De qué habla, compañero?

—Tenemos aquí a dos amigos de usted.

Jeff pensó en Carol y en Bill y maldijo a este porque no se hubiese puesto a disparar tiros.

—¿Me oye, señor Bresson? —Oyó otra vez la voz—. Ellos morirán si usted no está aquí antes de media hora y para ello tiene que darse mucha prisa.

—No le creo una palabra.

—¿No?

—Usted no está ahí con ninguna persona por la que yo pueda sentir interés.

—¿Qué desagradable es usted?, señor Bresson, pero va a oír la voz de una de ellas, a ver si cambia de opinión. Escuche, Bresson.

Jeff esperó sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—Señor Bresson, no les haga ningún caso —oyó una voz femenina y el corazón le dio un vuelco porque la identificó enseguida. Aquella mujer que estaba al otro lado de la línea era Rita Wilder.

—Rita —murmuró.

—Nos han cazado a Drake y a mí, pero los dos estamos de acuerdo en que usted siga adelante. ¿Lo entiende, señor Bresson?... Ha de seguir...

No llegó a repetir la frase porque le quitaron el auricular Otra vez oyó al hombre.

—¿Está convencido ahora, señor Bresson?

—Sí, y malditos sean todos ustedes.

—Vamos, señor Bresson —rió el tipo—. Ha debido tener en cuenta que nosotros teníamos que hacer algo para que usted no consiga lo que pretende. No desperdicie más minutos, señor Bresson. La señorita Wilder tiene una gran capacidad de sacrificio, lo mismo que su novio, pero estoy seguro de que usted no consentirá que dos seres como ellos que se aman tan tiernamente sean inmolados en aras de una noticia sensacional.

—No los toquen.

—Eso va a depender de usted.

—Muy bien, verdugo. Haré lo que usted quiere.

—Estaba seguro de ello, señor Bresson —rió el otro—. Pero, recuérdelo, no se demore más de un minuto en abandonar la Redacción y, por favor, la carpeta.

Bresson fue a colgar y vio que Kennedy había estado escuchando por otro teléfono desde otra mesa. Kennedy dejó también el auricular en la horquilla y se volvió desde la silla.

—Bueno, muchacho. No tienes que preocuparte. Doc debe haber terminado ya con las fotocopias. Vamos, has de darte prisa. Yo llamaré a la policía.

—No, Tom. Tú no llamarás a nadie.

—¿Es que vas a ir allí a pecho descubierto?

—Cuando ellos sepan que nosotros tenemos las fotocopias no se atreverán a hacerles daño.

—Quisiera estar tan seguro como tú.

—Somos nosotros quienes vamos a tener los triunfos en la mano. Iré allá solo. Si viesen policías podrían ponerse nerviosos y entonces todo acabaría mal.

—Está bien. Tú mandas.

Fueron al laboratorio. Tal como esperaban, Douglas estaba terminando de fotografiar la documentación de la carpeta.

Al cabo de dos minutos dio por terminado su trabajo. Kennedy y Bresson se ocuparon de devolver la documentación original a la carpeta y luego Jeff se la puso bajo el brazo.

—Adiós, Kennedy y recuerda lo que te he dicho.

—Sí, muchacho. A las seis estará en la calle el primer ejemplar. Kennedy le tendió la mano y Bresson se la estrechó.

Poco después, Jeff salía a la calle y caminó hacia la Novena. Allá estaba el coche, a la vuelta. Había un hombre fumando junto a la portezuela. No era Johnny ni Bellini sino un tipo muy alto de fuerte constitución y ojos vidriosos.

—¿Bresson? —pregunto cuando él se acercaba.

—Sí.

—Entre y lo llevaré a la fiesta.

El hombre abrió la portezuela trasera y él se coló dentro. Inmediatamente unas manos lo sujetaron por los brazos. Despojáronlo de la carpeta y de las dos pistolas que guardaba en los bolsillos.

—Ea, sin hacer daño —protestó.

El tipo de la izquierda le descargó un culatazo en la róbala.

Jeff lanzó un aullido de dolor y sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos. Sus dientes reclamaron y se volvió rápidamente para pegar un puñetazo al fulano que lo acababa de castigar, pero el gorila le clavó el cañón de la pistola en el costado.

—Anda, valiente, pega y te hago el agujero.



Jeff contuvo su deseo de aplastarle las narices.

El tipo alto ya estaba al volante y el coche arrancó velozmente.

Bresson miró al otro hombre que tenía a la derecha. Era el de la cicatriz en la boca.

—Tú y yo nos conocemos. Donovan hizo una mueca.

—Cállate, Bresson.

Jeff decidió seguir el consejo. De todas formas no iba a adelantar nada. Había dado su conformidad a acudir a aquella cita para salvar

a Rita y a Drake. Cruzó los brazos y apoyó la espalda en el respaldo.

La carrera duró media hora. Jeff supo que se encontraban en la Bahía del Oeste.

El coche penetró por un portón abierto y corrió por mi camino de gravilla hasta detenerse ante la escalinata de una casa que ofrecía un aspecto fantástico a la luz de la luna.

Jeff soltó una risita. De modo que al fin iba a conocer a uno de los jefazos, quizá al mayor de todos, a Cecil Geddes.

Le hicieron saltar del coche y subieron arriba. Allí había, otro hombre esperando junto a la puerta.

Cruzaren un *hall* y un nuevo tipo introdujo a Bresson en una espaciosa biblioteca iluminada con luces indirectas. Al fondo había tres hombres. Dos de ellos estaban de pie flanqueando al tercer tipo que se hallaba sentado tras una mesa en un gran sillón de alto respaldo.

Bresson caminó hacia ellos y se detuvo muy cerca observando sus caras. El del sillón era Cecil Geddes. Había visto unas cuentas fotografías de él. La grasa se le derramaba por el cuello de la camisa.

El tipo de la derecha también estaba bien nutrido. Poseía un abultado abdomen y unos ojos pequeños que miraban como los de un ave de rapiña. El tercer tipo era un pelirrojo lleno de pecas y con una boca que era un tajo.

Cecil Geddes habló.

—Usted es un estúpido, Bresson.

—Es lo que usted cree, cerdo. Geddes empezó a enrojecer.

De pronto Jeff sintió que le golpeaban en la clavícula con un objeto duro y se desplomó en el suelo soltando una maldición. Luego le pegaron con la puntera del pie en los riñones y luego otro zapato se clavó en sus costillas.

—Déjalo, Rocky —dijo Geddes—. Tiene que durar.

Jeff llevó aire a sus pulmones y finalmente empezó a ponerse en pie. Vio que Geddes estaba examinando el contenido de la carpeta.

—¿Tiene algo que decirme respecto a esto, Bresson? Jeff lo fulminó con la mirada.

—Ni una palabra.

—¿Qué uso ha hecho de los documentos?

—No hubo tiempo para nada. Geddes se echó a reír.

—¿Espera que lo crea?

—Usted corrió mucho, señor Geddes —el joven decidió cambiar el tema de la conversación y después de dirigir una mirada en su tomo preguntó—: ¿Dónde están los prisioneros?

—No se preocupe por ellos.

—Usted ha prometido que no los tocaría.

Geddes enarcó las cejas mirando a los dos hombres que lo flanqueaban.

—¿Recordáis vosotros eso?

El del abdomen abultado respondió que no y el pelirrojo movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Lo oye, Bresson? —dijo Cecil—. Usted debe haber soñado.

—Si les han ocasionado el menor daño, será lo último que haga en su vida, Geddes.

—¿Se siente todavía con fuerzas para gallear?

—Usted y yo hicimos un pacto. Yo traía la carpeta y usted respetaba la vida de esas personas. Yo he cumplido. Haga usted lo mismo ahora.

—¿Y usted ha cumplido, señor Bresson?

—Ahí tiene la prueba. —Jeff señaló la carpeta. Geddes lo miró con sus ojos fríos.

—Le voy a demostrar que es usted un imbécil. ¿Hasta dónde alcanza su inteligencia, señor Bresson? Ahí tiene un teléfono. Llame a su Redacción.

Bresson quedóse mirando la cara abotargada del presidente de la «Asociación de Transportes». Éste sonrió.

—¿Qué está esperando, Bresson? Haga lo que le dije. Llame.

—¿Para qué?

—¿No siente interés por sus amigos? Hace media hora que no sabe de ellos y en treinta minutos pueden pasar muchas cosas.

Jeff sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Qué ha hecho, Geddes?

—Llame y lo sabrá.

Bresson miró el teléfono que había sobre la mesa y avanzó hacia él. Discó el número del «Monitor» y oyó el zumbido a la otra parte. Siguió sonando un rato hasta que por último se produjo un chasquido.

—Aquí el «Monitor» —anunció una voz quebrada.

—¿Eres tú, Tom?

—Sí.

—No te había reconocido.

—Yo a ti, sí, Jeff. ¿Dónde estás?

—Con ellos.

—Lo siento, muchacho, pero nos la jugaron.

—¿Qué ha pasado?

—A los dos minutos de irte tú, asaltaron la Redacción.

—No, Tom.

—Si. Entraron veinte hombres armados y no pudimos hacer nada.

—¿Qué es lo que han hecho?

—Destrozaron el laboratorio y se llevaron los negativos que habíamos sacado... Eso fue lo más importante. No cuento lo que hicieron con nosotros.

—¿Han matado a alguien?

—No, se contentaron con pegarnos una paliza... Doc recibió un golpe en la cabeza y es el que peor está.

—¿Y tú, Tom?

—Siento un poco de dolor en los riñones, pero no será nada.

Jeff cerró los ojos imaginando a Kennedy con sus cincuenta y cinco años y sus achaques reportando los golpes de la chusma.

—Cuídate, Tom —dijo.

—Espera, muchacho. ¿Qué va a pasar... contigo?

—Descuida, viejo. Nos veremos pronto.

Dejó el auricular en la horquilla muy tranquilamente, pero de pronto sus músculos saltaron como resortes metálicos y brincó sobre la mesa deslizándose por la superficie brillante como sobre una pista de hielo.

Sus manos, con los dedos encorvados como garfios, se acercaron rápidamente al cuello de Cecil Geddes.

El jefe del «gang» empezó a levantarse con los ojos muy abiertos.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó. Todo estaba sucediendo muy aprisa.

Jeff lanzó un grito de triunfo cuando sus manos lograron atrapar a Geddes por el cuello y sus dedos se hundieron en aquel montón de grasa.

Pero entonces comenzaron a golpearle. Primero fue en la cabeza,

luego otra vez en el hombro, más tarde en la oreja. Ante sus ojos apareció una mancha negra y, sobre ese telón de fondo, empezaron a estallar docenas de cohetes y todos eran de distinto color y vio el anaranjado, y el violeta, y el verde y, finalmente, todo fue una mancha roja enorme, muy grande. Y luego empezaron las explosiones en rojo y negro, y por último la nada.

CAPÍTULO XII

Despertó sintiendo que le dolía todo el cuerpo desde la cabeza a la punta de los pies. Era como si lo hubiese metido entre dos rodillos y hasta es posible que lo hubiesen amasado y ahora estuviese en el horno porque allá hacía mucho calor.

Sus ojos siguieron viendo la noche negra. Estaba tendido sobre algo que parecía estopa y su nariz se llenó del olor de la gasolina. Pensó que quizá lo habían rociado y que estaban esperando a que volviese en sí para prenderle fuego.

Hizo esfuerzos por ver algo, pero todo seguía oscuro.

De pronto sintió que su pierna era tentada por otra pierna.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

—Soy yo, Rita.

Jeff dio un suspiro de alivio.

—¿La castigaron mucho, Rita?

—Sólo un poco.

—¿Y Drake?

—Él está mucho peor. Le pegaron en la cabeza y le hicieron una herida. Ahora creo que tiene fiebre. Cuando lo trajeron a usted hace un rato les pedí que llamasen a un médico, pero no han querido escucharme.

—Son tipos muy humanitarios. Supongo que usted también tendrá las manos atadas a la espalda.

—Sí.

—Esos bastardos piensan en todo. Hubo una pausa y luego Rita dijo:

—Usted no debió dejar que lo atrapasen. ¿No imaginó que ellos no cumplirían su palabra?

—Estaba seguro de que a mí me prepararían un buen

recibimiento y que estarían dispuestos a hacerme pedazos, pero yo pensé que saldríamos de esta porque les había cobrado un poco de ventaja. Ahí fue dónde me equivoqué.

A continuación Jeff contó lo que había pasado en la Redacción del «Monitor» cuando salió de allí con la carpeta para acudir a la cita de Geddes.

Rita murmuró:

—Siento que todo haya salido mal.

—Yo lo lamento más que usted, Rita, Por mi culpa usted y Drake se ven en esta situación.

—No nos quejamos. Son cosas que pasan.

—Es muy animosa. ¿Cómo dieron con ustedes?

—Uno de los tipos nos lo explicó. ¿Se acuerda del taxista, el que empotró el coche en el bar? Sólo tuvieron que hacerse con él para conocer nuestra dirección. Asaltaron nuestra casa y ese hombre, que se llama Johnny, me utilizó como cebo para que Drake hablase. Dijo que me destrozaría la cara si Drake no le decía lo que había hablado con usted. Drake no tuvo más remedio que contarle todo.

—Bueno —dijo Bresson—. No todo está perdido.

—No necesita infundirme valor. Sé que estamos muy cerca del final y yo lo siento por.

Drake.

—¿Le dijeron algo acerca de lo que nos preparan?

—No.

Jeff había acostumbrado ya los ojos a la oscuridad.

A la izquierda estaba Rita y al lado Drake, el cual permanecía inmóvil con los ojos cerrados.

Al fondo vio brillar algo.

—¿Es eso un coche? —preguntó.

—Sí.

—Bueno, voy a ir hacia allá.

—¿Qué es lo que intenta?

—Quedar libre, naturalmente.

—Aunque lo consiguiese, la puerta está cerrada con llave por fuera y por añadidura ellos tienen pistolas.

—Me imagino que resultará difícil, pero nunca me ha gustado quedarme quieto.

Jeff se dio impulso y rodó por el suelo. Su cara se llenó de aceite

y de gasolina. Después de dar unas cuantas vueltas se detuvo. Ahora veía refulgir más cerca el metal del coche.

De pronto oyó un ruido cerca de la puerta. Unos pasos se acercaban. Soltó una maldición para sus adentros y echó a rodar en sentido inverso retrocediendo a donde antes se encontraba.

La llave gimió en la cerradura.

Justamente llegó a su destino cuantío encendieron la luz. Él había quedado boca abajo y restregó su cara contra la estopa para quitarse las manchas.

Por fortuna, la lámpara estaba lejos y aquella zona quedaba sumida en la penumbra. Alguien rió, diciendo:

—Anda, Henry, pasa. Te has ganado un buen descanso.

Los hombres entraron sujetando por los brazos a Daves, el cual no se podía poner en pie. Apenas lo dejaron libre se desplomó de bruces golpeando la cabeza contra el suelo. Johnny encendió un cigarrillo y fue hacia donde se encontraban los otros tres prisioneros.

—¿Qué, muchachos? ¿Lo pasáis bien?

Jeff miró a Rita y le vio un pómulo hinchado, cárdeno. Sintió un vacío en el estómago. Y la joven había dicho que a ella no le habían hecho nada. Para aquellos hijos de perra no existía ninguna diferencia de sexo.

Johnny se detuvo y, después de resbalar la mirada por el cuerpo de Rita, la fijó en la cara de Jeff.

—Miren al héroe.

Jeff se enjuagó la boca y escupió.

Johnny le tiró un patadión, pero Bresson estaba preparado y cuando el otro levantaba el pie, alzó también los suyos apoyándose en los codos. Enganchó a Johnny por el talón y luego impulsó las rodillas hacia su frente.

Johnny lanzó un grito y se desplomó golpeando la espina dorsal en el piso.

Los otros dos tipos que Rabian entrado conduciendo a Henry Daves, corrieron en ayuda de Johnny.

Bresson roció también hacia «Ojos Saltones» y se dispuso a pegarle un cabezazo en la frente, pero en esto un puño percutió contra su sien y salió lanzado hacia atrás. Luego lo cazaron en el cuello y en el estómago.

Se arrugó insensible a los golpes, haciendo desesperados esfuerzos por soltarse de las ataduras de sus manos y tobillos, pero sólo consiguió que los cordeles le penetraran en la carne.

—No puedo respirar —oyó que decía Johnny—. Un médico, llamad a un médico.

Esto libró a Jeff de que lo matasen a golpes. Los dos tipos se pusieron a ayudar a Johnny.

Jeff abrió los párpados y vio la cara de Johnny con los ojos más salidos de las órbitas que nunca. Su cara estaba cárdena.

—Sacadme de aquí —dijo.

Los dos fulanos alzaron a Johnny de los brazos y de los muslos y lo llevaron fuera. Luego uno de ellos regresó y apagó la luz, cerrando otra vez la puerta con llave. Jeff oyó a Rita.

—Le ha dado a ese tipo lo que se merecía.

—Gracias, muchacha.

—Pero se ha arriesgado demasiado. Lo han podido matar.

Bresson se echó a rodar otra vez y un poco más allá se detuvo al tropezar con el cuerpo de Henry Daves. Le puso el oído en el pecho y escuchó los latidos de su corazón.

—Henry —lo llamó. Daves se movió un poco.

—Vamos, muchacho, despierta.

—No me matéis... No he hecho nada... No me matéis.

—Ya se han ido, Daves.

—¿Eh?... Me estáis engañando, no se han ido... Están aquí. Jeff vio abrirse los ojos de Daves.

—Henry, soy yo, Jeff Bresson.

—¿Bresson?... ¿Qué quiere? Ya le di la carpeta. Déjeme en paz.

La sangre brillaba en la cara de Daves. Le habían infligido un duro castigo.

—Escucha, Henry. ¿Tienes algo en los bolsillos? ¿Un cortaúñas, una navaja, cualquier cosa?

—Me registraron antes de atormentarme. Se lo llevaron todo.

Bresson soltó una imprecación. Sólo había hecho que perder el tiempo con Henry Daves.

Entonces se echó a rodar otra vez hacia el coche.

Estuvo a punto de perder el sentido cuando se golpear la cabeza contra una de las ruedas.

Esperó un rato para recuperar el resuello y, finalmente,

apoyándose en el coche, logró sentarse en el suelo. Entonces alzó los ojos y buscó un lugar adecuado para apoyar las cuerdas que le ataban. Cuando lo hubo encontrado empezó a mover los brazos arriba y abajo. Sintió un agudo dolor porque tenía todo el cuerpo molido, pero se mordió el labio y continuó su faena. Arriba y abajo, arriba y abajo.

Empezó a transcurrir el tiempo. De pronto oyó a Henry Daves.

—Bresson.

—Cállese, Henry.

—¿Dónde está?... ¿Qué está haciendo? Aquel tipo se había vuelto loco.

—¡Cállese, Daves!

—Usted tuvo la culpa, maldita sea... Tengo las costillas rotas, ¿lo entiende?... Las costillas rotas.

—Maldito sea, Daves. Cierre la boca. Aguante un rato y le echaré una mano.

Oyó la respiración jadeante de Daves y dio un suspiro porque quedó callado. Entonces se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba bañado en sudor. Reanudó el movimiento de sus brazos. Uno, dos, uno, dos...

Tema que lograrlo cuanto antes, no podía perder un minuto más. Por alguna razón aquellos tipos habían demorado su ejecución, pero de un momento a otro, recibirían la orden de cumplir la sentencia y, si para entonces él continuaba sin poder servirse de sus manos y sus pies, todo se habría perdido.

Sentía correr la sangre por sus muñecas. Sus dientes rechinaban cada vez que una de las cuerdas resbalaba clavándose en la grieta viva de su carne.

Se detuvo un momento y tiró fuerte, pero las ligaduras no cedieron, al contrario, se clavaron más en las heridas.

Otra vez vuelta a empezar. La misma pesadilla, uno, dos, uno, dos... Y luego la voz de Henry Daves.

—No se vaya sin mí, Bresson.

—Por lo que más quiera, no abra la boca.

—¡Me llevará con usted! ¿Verdad, Bresson?

—Sí, Henry, lo llevaré conmigo.

Un minuto. Sesenta segundos. Un siglo. La eternidad.

Hizo otro alto y llenó los pulmones de aire. Luego tiró

bruscamente. Sonó un crujido y quedó libre.

Desató las ligaduras de sus tobillos y luego gateó silenciosamente hacia el lugar donde se encontraba Rita y Drake.

—Eh, Bresson —lo llamó Henry Daves.

Sintió la tentación de retroceder para privarle del conocimiento de un puñetazo.

—Ahora le llega el turno, Henry. Espérese, maldita sea, o lo dejo aquí. Oyó a Rita.

—Oh, Jeff, lo ha conseguido.

Se echó sobre ella y rápidamente la desató. La joven dijo:

—Ocupese de Henry y yo libraré a Drake.

Jeff dio la conformidad con un gruñido y acercóse a Henry.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —le preguntó el ex empleado de la «Asociación de Transportes».

—Con mucha suerte.

—Nos matarán, Bresson.

—Lo harán igual si nos quedamos.

En ese momento oyeron pasos fuera.

—¡Dése prisa! —exclamó Henry con voz histérica—. ¡Ya están aquí!

Jeff terminó de desatar a Henry y lo aplastó contra el suelo acercando su cara a la de él.

—Escuche bien, Henry. No puede estropearnos la combinación. Hemos de pelear todos a una. No tiene las costillas rotas. Drake está inservible y no le podemos dejar aquí. No se le ocurra echar a correr porque no le servirá de nada. Ellos lo cazarán como un conejo.

Daves tragó saliva.

—Sí, Bresson.

—Usted y yo nos acercaremos a la puerta y cuando entren nos tiraremos encima. Hemos de despojarlos de las armas y si uno de nosotros lo consigue habremos ganado mucho. Arriba, Henry.

Los pasos se acercaron. Bresson ayudó a levantarse a Henry y luego lo dejó junto a la puerta. Jeff se puso al otro lado.

La llave chirrió en la cerradura, sonó un chasquido y la hoja se abrió.

Jeff vio entrar por el hueco al tipo de la cicatriz en la boca y al que respondía al nombre de Bellini.

El primero se fue hacia la parte de Henry Daves y Bellini se quedó quieto.

—¡Ahora, Daves! —dijo Jeff y se lanzó sobre Bellini. Henry también saltó.

Jeff propinó un de re chazo a Bellini y éste fue contra la pared. Jeff fue detrás de él y lo volvió a cazar con el filo de la mano.

Bellini lanzó un ronquido y empezó a desplomarse. Jeff lo ayudó a caer pegándole con la zurda en el estómago.

Luego se agachó sobre él y lo despojó de la pistola. Para entonces Bellini ya había perdido el conocimiento.

Volvióse rápidamente y vio a Henry Daves. Lo estaba pasando muy mal. El de la Cicatriz se había colocado encima de él y le machacaba la cara rítmicamente.

—Quietos, muchachos —ordenó Jeff.

Donovan volvió la cabeza rápidamente al tiempo que llevaba la mano en la axila.

—No hagas eso o te vuelo la cabeza —advirtió Bresson Donovan se quedó quieto.

Entonces Jeff dio la vuelta al conmutador de la luz y seguidamente pegó un empujón a la puerta, cerrándola.

Henry gemía en el suelo y Donovan se puso en pie diciendo:

—Usted está loco, Bresson. No podrá salir de aquí. Jeff sonrió enseñando los dientes.

—Ahora tengo una pistola y muy pronto tendremos dos.

—Eso no le servirá de nada. En la parte delantera de la casa hay seis hombres y no existe ninguna puerta trasera. Sólo saldrían de aquí si les creciesen alas. Y le voy a decir otra cosa, Bresson. El jefe ordenó que le llevásemos a la biblioteca juntamente con Daves. Si dentro de un par de minutos no estamos allí, se imaginarán que ha pasado algo y entonces será el principio del fin para ustedes.

Los ojos de Jeff se empequeñecieron.

—Eso es muy interesante... ¿Cuál es su nombre?

—Donovan.

—Muy bien, Donovan. Me vas a escuchar a mí ahora. Tú y tu compañero cumpliréis la misión que el jefe os ha confiado.

—¿Qué quiere decir?

—Que vamos a ir a su presencia.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sí, quizá sea eso. —Jeff hizo una pausa—. Pero te falta saber una cosa. Henry Daves y yo seremos los que os llevemos a vosotros.

—Es lo que dije antes. Usted está chiflado.

—Date la vuelta. Recuerda que tú mismo has hablado de dos minutos.

Donovan se volvió y Jeff, avanzando hacia él, le pasó el brazo por debajo del sobaco y lo despojó de la pistola.

Henry Daves se había puesto ya en pie. Jeff lo miró.

—¿Has oído mi plan, Daves?

—Sí, creo que sí.

—Repítelo.

—Usted y yo iremos como prisioneros y ellos como guardianes, pero nosotros llevaremos las armas.

—Magnífico, Daves. Vas progresando.

—Pero a mí no me gusta ese plan.

—Tendrás que conformarte porque, de otro modo, nos llenaran de plomo.

—¿Por qué infiernos no nos abrimos camino hacia la salida?

—En primer lugar, porque no conseguiríamos escapar.

—Podemos liarnos a tiros. Bastará con que los dirijamos al techo, alguien los oirá.

—No, Daves. Tú no sabes dónde nos encontramos, pero yo sí. Esto es la Bahía del Oeste. Aquí hay muy pocas casas. Casi todas son residencias de tipos podridos de dinero y en esta época del año están desocupadas. Puedes disparar cuantos tiros quieras y nadie vendrá, aparte de que, cuando llegasen aquí para echarnos una mano, me temo que sería demasiado tarde.

—¿Y qué va a adelantar con romperle la cara otra vez a Geddes?

—El va a ser nuestro escudo.

Los ojos de Henry se iluminaron y sus labios casi empezaron a sonreír.

—Caramba, eso parece bueno. Bellini empezó a volver en sí.

Jeff le tiró una pistola a Henry, diciendo:

—Vigílalos.

Luego Bresson se encaminó al rincón en donde estaban Rita y Drake.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó.

—Sigue con fiebre, aunque ya ha recuperado el conocimiento.

Drake abrió los ojos.

—Hoja, Bresson —dijo en un susurro.

—Eres un tipo valiente donde los haya. Estamos a punto de salir de aquí, pero antes hemos de hacer una pequeña maniobra.

Seguidamente, Jeff les contó lo que pretendía hacer yendo a la casa con Henry Daves y terminó diciendo:

—Yo veo así las cosas, pero si vosotros creéis que lo podemos hacer de otra forma, respetaré vuestra decisión.

Drake movió la cabeza.

—Lo que usted haga está bien hecho, Bresson. Rita sonrió suavemente.

—Yo opino lo mismo.

Jeff se masajeó el mentón.

—En cuanto nos hayamos hecho con Cecil Geddes, vendré acá por vosotros, pero entretanto, aquí tenéis una pistola.

Se la puso en la mano a Rita, pero ella protestó.

—Oh, no, Jeff, usted la va a necesitar más que nosotros.

—Tenemos dos y es justo que cada grupo se quede con una. Confío en que nuestro comando tenga éxito, pero podría fracasar y, en ese caso, a vosotros os debe quedar alguna probabilidad.

—Suerte, Bresson —dijo Rita.

Jeff dio media vuelta y se acercó al lugar donde se encontraba Henry Daves.

—¿Qué tal maneja el arma, Henry?

—Lo he oído todo. No consentiré que me quite la pistola.

—No es momento para discutir. Debe llevarla quien mejor uso vaya a hacer de ella. Daves apuntó con la pistola al estómago de Jeff.

—Pretenda quitármela y usted será el primero que caiga, Bresson. No olvide que por culpa suya estoy metido en este lío y, sinceramente, tengo que resistirme mucho para no apretar el gatillo.

—Está bien, Daves. Usted corre con ella.

—Así está mejor. Donovan soltó una risita.

—Todavía no han empezado y ya se están peleando. ¿Por qué no se dan por vencidos? Bresson lo amenazó.

—Cierre la boca o se la cierro yo. Donovan la cerró por sí mismo. Luego Bresson dijo:

—Iremos con las manos a la espalda y ustedes nos flanquearán.

Daves les pegará un tiro si se les ocurre dar e) aviso.

Bellini ya se había puesto en pie y, después de soltar un salvazo, dijo:

—He conocido a tipos que estaban mal de la azotea, pero ustedes son los que están más perdidos.

—No rechisten y colóquense a nuestro lado. Vamos, Daves, pon las manos atrás y procura que no te vean la pistola.

Donovan se fue a poner al lado de Henry, pero Jeff lo tomó de un brazo.

—Usted conmigo, Donovan.

El irlandés le dirigió una aviesa mirada, pero hubo de conformarse. Luego Bellini, se colocó a la derecha de Daves y de esta forma los cuatro quedaron en línea recta.

—Oiganme ahora —dijo Bresson—. Yo abriré y usted, Donovan, apagará la luz. Luego saldremos los cuatro a un tiempo porque el hueco es suficientemente ancho. Una vez fuera, Donovan dará media vuelta y simulará que da vuelta a la llave, pero la dejará quieta. Si oigo el chasquido, le juro que le parto el cuello.

Donovan soltó otra risita.

—Descuide, Bresson, lo haré como usted dice. Casi está logrando emocionarme. Por nada del mundo me perdería el final.

Bresson volvió la cabeza para asegurarse de que Rita había oído sus palabras. Ella le hizo un gesto afirmativo coa la cabeza.

Bresson miró a Daves.

—¿Listo, Henry?

—Sí.

—Bien, vamos allá.

Jeff abrió y Donovan apagó la luz.

Salieron los cuatro. Bresson prestó mucha atención por si Donovan cerraba con llave, pero no oyó el chasquido. Luego el irlandés giró nuevamente y los cuatro siguieron hacia la parte trasera de la casa.

La lima había sido cubierta por las nubes y toda estaba muy oscuro.

Subieron una pequeña escalera y Bresson vio que ahora el hueco de la puerta era demasiado estrecho para que pasasen los cuatro como por el garaje.

—Vosotros primero, chicos.

En la cocina no había nadie. Al fondo había un ancho corredor por el que salieron al *hall*.

Allá junto a la puerta de la biblioteca había un tipo que se apoyaba en la pared mascando chicle.

Otra vez los cuatro hombres estaban avanzando esa línea, Jeff y Daves con las manos atrás como si realmente tuviesen las muñecas atadas.

El tipo que mascaba chicle se enderezó.

—Habéis tardado mucho, chicos. ¿Qué ha pasado?

Donovan y Bellini guardaron silencio y Bresson contuvo la respiración observando fijamente la cara del hombre al que se acercaban.

Éste empezó a fruncir el ceño.

Jeff estuvo a punto de gritarle a Daves que exhibiese la pistola. Vio como el centinela empezaba a introducir la mano por entre las solapas.

Jeff no pudo aguantar más y se arrojó sobre el fulano a quien golpeó con terrible fuerza en el estómago.

Henry mostró su revólver cuando Bellini y Donovan se volvían hacia él.

Bresson golpeó otra vez al guardián y cuando caía lo sujetó extrayéndole la pistola muy rápidamente.

—Manténlos a raya —dijo Jeff y entonces abrió la puerta que tenía delante y se coló dentro.

Cecil Geddes continuaba allí con el pelirrojo y el tipo de grueso abdomen, pero ahora los tres estaban sentados. La carpeta azul se hallaba sobre la mesa.

Geddes empezó a empalidecer mirando a Bresson, el cual, abriendo las piernas en compás, dijo:

—¿Cómo estáis, muchachos? Nadie dijo nada.

Por la puerta fueron apareciendo Donovan, Bellini y el otro centinela. El último en entrar fue Henry Daves, el cual cerró a sus espaldas.

—Ya estamos todos —dijo Henry.

Jeff miró las caras de los tres hombres que estaban en los sillones y empezó a mover la cabeza.

—No, todos no, falta uno. El más importante. El jefe.

Hacía unos segundos que se hallaba mirando unos zapatos que

había detrás de una cortina roja, al fondo, y ahora dijo:

—Por favor, Benedict, ¿quieres entrar? Y será mejor que no intentes nada. Te estoy apuntando justamente a la barriga.

Una mano abrió las cortinas y Joe Benedict, el columnista del «Monitor», entró en la habitación. Su cara era una masa pétrea y sus ojos dos trozos de carbón mojado.

CAPÍTULO XIII

Joe Benedict se detuvo, preguntando:

—¿Desde cuándo sabes que yo soy el jefe, Jeff?

—Fue esta tarde cuando Milton Burke descubrió que su coche, que había, estado en reparación por la mañana, no era capaz de moverse y tú, gentilmente, nos ofreciste tu carro. Los asesinos a sueldo me estaban esperando cerca de la Redacción. Ellos sabían de algún modo que yo iba a ir allí y conocían la hora exacta. Pero yo no soy todavía un personaje famoso, nunca ha sido publicada mi foto en los diarios. Hace tiempo me di cuenta de que ingresabas mucho dinero, Benedict, y, francamente, siempre he opinado que tu columna en la Prensa es bastante mediocre. Oí habladurías de que tú pagabas el espacio y me pregunté de dónde sacarías el dinero si eso fuese cierto. Luego tú mismo te vendiste cuando dijiste que alguien te había llamado del «Centinela» para comunicarte mi incidente con los «gangsters». También mostraste mucho interés porque me quedase con Williers y hasta pretendiste aconsejarme que abandonase el asunto de la «Asociación de Transportes», y acompañaste a Carol al hotel y te ofreciste para llevarme a casa. Son muchos indicios que juntos forman un gran todo.

Benedict se puso a aplaudir.

—¡Bravo, muchacho! —Sus labios esbozaron, una sonrisa y finalmente dejó las manos quietas—. De acuerdo, Bresson. Eres un tipo que vale. Ya has salido a saludar y ahora vas a recoger el premio.

—Ya me lo darán otros.

—No, te lo voy a dar yo. Cien mil dólares contantes y sonantes.

—No, Benedict.

—Es pago al contado.

—Pierdes tú tiempo, Benedict.

—¿Qué te propones?

Jeff señaló con la pistola la carpeta azul que había sobre la mesa.

—Ésa es la recompensa que yo quiero de ti, Benedict.

—No estás hablando en serio.

—No soy un tipo ambicioso. Me conformo con muy poco, simplemente con que todos vosotros lo paguéis.

—Eres un iluso, Jeff —dijo Benedict—. Aunque te lleves esa carpeta no podrás encontrar nada que me una a la «Asociación de Transportes».

—Es lo que tú dices pero, aunque fuera así, Geddes y todos los demás cantarán bien claro cuando vean que están perdidos. Estoy seguro de que ellos no querrán ir solos a la silla eléctrica por la muerte de Andrew Mann y los otros camioneros a quienes matasteis.

Cecil Geddes estaba muy asustado y la grasa le temblaba.

—Dale más dinero, Benedict.

El columnista sacudió la cabeza.

—Está bien, Jeff, Pon tú el precio.

—Ni un solo dólar.

De pronto la puerta se abrió y una voz dijo:

—Mire que regalo tengo aquí, jefe.

Jeff se volvió rápidamente. Por el hueco de la puerta apareció Carol dando traspiés porque alguien la había empujado desde fuera. Detrás de la joven entraron dos matones con pistolas en la mano. Todos, los de dentro y los recién llegados, se quedaron perplejos mirándose unos a otros.

Henry Daves era el más nervioso de los que empuñaban un arma y fue el primero en apretar el gatillo, pero ahora comprobó que era muy mal tirador porque la bala pasó entre los dos gorilas que habían traído a Carol.

Jeff dirigió su primera bala contra el tipo que había a la derecha y le acertó en el centro del pecho, pero el fulano antes de morir, envió su avispa de plomo.

Jeff se lanzó hacia donde estaba Carol, a la que empujó violentamente contra un sillón.

El plomo del individuo que se estaba muriendo de pie, pasó por el lugar que Jeff había ocupado una décima de segundo antes y fue a estrellarse en el mentón de Benedict. Por un momento pareció

como si en la cara del columnista hubiese aparecido un lunar. Sus ojos se abrieron mucho y de pronto la cabeza se le dobló hacia la derecha y se abatió en la alfombra como un muñeco.

Henry Daves lanzó un grito y se puso a disparar la pistola como si se hubiese vuelto loco.

Un plomo se enterró en la grasa de Cecil Geddes y el tipo sentado en el sillón, se puso a resoplar como una locomotora.

Donovan arrojóse sobre Henry para quitarle la pistola, pero éste le metió un plomo en los intestinos.

El otro hombre que había traído a Carol disparó tres veces sobre Daves, el cual se estremeció convulsivamente. Pero Jeff vengó a Henry y le facturó al bandido una bala por las fosas nasales.

Bellini se lanzó sobre Jeff y logró pegarle un puñetazo.

Jeff se estrelló contra la pared y derrumbóse escapándosele la pistola de la mano. Bellini lanzó un grito y avanzó, cogiendo en su camino un candelabro.

Jeff supo que no tenía tiempo para atrapar otra vez la pistola y pegarle un tiro. Para cuando eso ocurriese, Bellini le habría hundido el cráneo con el candelabro.

Pero entonces algo cruzó por el aire y cayó sobre Bellini. De pronto éste lanzó un aullido escalofriante.

Carol había incrustado otra vez sus dientes en el brazo armado del italiano.

Jeff atrapó el revólver al tiempo de ver como Bellini se desplomaba lloriqueando como un niño. El candelabro cayó sin haber sido utilizado.

Luego Carol rodó por el suelo, yendo a golpear contra un sillón.

El pelirrojo y el del vientre abultado y Bellini levantaron los brazos.

—¡No tire, Bresson! —gritó el último.

Se oyó a lo lejos una sirena policíaca y Jeff frunció el ceño mirando a Carol.

—¿Cómo lo has conseguido, nena?

—Me desembaracé de Bill y fui a la Redacción de tu periódico. Cuando llegaba mi taxi vi como te metías en un coche. Lo seguí hasta aquí y entonces fui en busca de un teléfono y avisé a la policía. Luego volví otra vez a la casa y, estando fuera, uno de los chicos me descubrió.

Las sirenas se oían cada vez más cerca.

Por la parte principal se oyó ruido de coches. Eran los supervivientes de la banda, que huían.

Carol cerró los ojos y apoyó su espalda en el hombro de Jeff, diciendo:

—¡Dios santo!... ¿Quién me iba a decir, hace una semana en Chicago, que me esperaban aquí tales vacaciones?... ¡Y yo que me quejaba de que mi profesión de figurinista no me proporcionaba emociones!...

Y tras decir esto, se desmayó.

* * *

Eran las once de la mañana.

Bill

O'Bannion,

sonriente, derramó el contenido de su coctelera en el vaso que había delante de Carol McLaine.

—¿Cómo se llama esto, Bill? —preguntó la joven.

—«Amor y tiros». Es un cóctel de mi invención y está dedicado a su persona, señorita McLaine.

—Muchas gracias, Bill.

Carol fue a beber, pero de pronto una mano le quitó el vaso.

Volvióse para protestar, pero se interrumpió al ver ante ella a Bresson.

—Oh, Jeff, ¿ya te ha soltado la policía?

—Tuve un poco de suerte —respondió el periodista y bebió un trago del brebaje. Inmediatamente arrugó la nariz—. Eh, Bill, ¿qué veneno es éste?

El barman compuso una mueca de tristeza.

—Es un cóctel que he creado para la señorita. Carol cruzó los brazos sonriente.

—¿No lo sabes...? Se llama «Amor y tiros».

—¿De veras? —dijo Jeff y miró el vaso al trasluz—. Sigue sin gustarme —puso el vaso en el mostrador y dio un golpe con la palma de la mano en el taburete donde se sentaba la joven.

Carol lanzó un grito y fue a caer. Pero Jeff la tomó en brazos.

—Eh, Jeff, ¿qué haces? —chilló la rubia.

—Mete la mano en el bolsillo superior de mi chaqueta.

Carol parpadeó unos instantes, pero finalmente obedeció. Desdobló el papel y empezó a abrir la boca.

—¡Oh!... ¡Ooooooh!... ¡Bill!

—¿Qué pasa, señorita McLaine?

—Es... Es una licencia matrimonial... A nombre de Carol McLaine y Jeff Bresson. Jeff la miró a los ojos, diciendo:

—No creas que no corro un riesgo, pero... haré la prueba.

—¿A qué te refieres, Jeff?

—¿No serás antropófaga?...

—Oh, Jeff... —dijo ella riendo.

Entonces Jeff hizo un saludo a Bill, que los observaba con la boca abierta y echó a andar llevando en brazos a la mujer que iba a ser su esposa.

Carol agitó la mano en el aire hacia el barman y luego mordió la oreja de Jeff Bresson.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).